

A woman with blonde hair, wearing a long green dress with a lace collar and a wide green sash, stands in a festive setting. Behind her is a tiered stone fountain. The background is filled with greenery, red berries, and red star-shaped ornaments. The overall atmosphere is holiday-themed.

Amanda Mariel

Una Navidad
para perdonar

UNA NAVIDAD PARA PERDONAR
CORAZONES ARDIENTES DE LA REGENCIA



AMANDA MARIEL

Traducido por
ANA PÉREZ

ÍNDICE

Prefacio

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Epílogo

Sobre la autora

Libros de Amanda Mariel

Postfacio

Derechos de autor

Esta es una obra de ficción. Nombre, personajes, organizaciones, lugares, acontecimientos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia.

© 2024, 2025 Amanda Mariel
Todos los derechos reservados.
Traducción de Ana Pérez

Ninguna parte de esta publicación puede ser vendida, copiada, distribuida, reproducida o transmitida de ninguna forma o por ningún medio, mecánico o digital, incluyendo fotocopias o grabaciones por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso previo por escrito del editor.

Edición de Brook Ridge Press

PREFACIO

En la Inglaterra de la Regencia, entre nieve, velas y villancicos, la Navidad puede ser tan peligrosa como irresistible.

Lady Charlotte Ashbourne está al borde de la ruina: el duque de Ravenscroft, Grant Tilbury, ha arrebatado la fortuna de su familia sin piedad. Para Charlotte solo existe una salida: recuperar lo que les pertenece... y hacer pagar al hombre que los destruyó.

Grant Tilbury es un canalla célebre, enemigo de los compromisos y amante de los placeres. Pero cuando conoce a Charlotte —valiente, hermosa e imposible de doblegar— no tarda en convertirla en un desafío. Le hace una propuesta indecente.

Charlotte acepta. No por debilidad, sino por venganza.

Su plan es impecable: dejar que el duque se crea vencedor, hacer que se enamore, llevarlo hasta el límite... y romperle el corazón como él rompió el de los Ashbourne.

Pero a medida que la Navidad avanza, la máscara empieza a resquebrajarse. Charlotte descubre en Grant sombras y heridas que no esperaba. Y Grant, atrapado por la fuerza de ella, siente renacer emociones que juró no volver a permitir.

Entre secretos, escándalos y deseos cada vez más difíciles de fingir, su juego se vuelve peligroso.

¿Podrá Charlotte consumir su venganza... o terminará perdonando al hombre que juró destruir?

CAPÍTULO 1



La quietud del invierno se posaba con peso sobre Riverwood Manor, como si la propia nieve hubiera robado cada sonido. Incluso el crepitar del fuego en el salón principal parecía amortiguado. El calor apenas rozaba el frío que se filtraba hasta los mismos huesos de lady Charlotte Ashbourne.

Permanecía junto a la ventana, con la mirada fija en el paisaje cubierto de blanco. Los copos giraban y danzaban; hermosos y, sin embargo, implacables, eran un reflejo de la desolación que se le había instalado en el pecho. Sus rasgos delicados, otrora la viva imagen de la gracia y la calidez, se hallaban ahora esculpidos por una mezcla de ira y férrea determinación. Un tenue surco entre las cejas delataba el peso que cargaba.

—Hasta qué punto hemos caído... —murmuró, mientras sus dedos seguían el dibujo delicado de la escarcha sobre el vidrio.

Hubo un tiempo en que Riverwood era un lugar de bailes deslumbrantes y risas alegres que corrían por los pasillos. Los criados iban y venían con diligencia, los hogares ardían siempre para ahuyentar el frío. La voz jovial de su padre resonaba con orgullo y alegría.

Ahora no quedaban más que sombras y silencio. Despojado de su esplendor y de su calor, Riverwood se alzaba como una cáscara de lo que había sido, devastado por los crueles vientos del destino. Como los árboles desnudos en pleno invierno, su familia había quedado

expuesta. Las raíces se marchitaban bajo el peso del escándalo y la ruina.

El corazón de Charlotte se contrajo al recordar los días felices: girando por el gran salón de baile, las faldas de seda rozando el suelo, la carcajada de su padre llenándolo todo mientras la hacía dar vueltas. Aún podía sentir el calor del hogar, a su familia reunida en torno a él, los rostros iluminados por el amor y la satisfacción. Ese recuerdo era demasiado dulce. Demasiado doloroso.

Todo se lo habían arrebatado las crueles maquinaciones de un solo hombre.

Los recuerdos la atravesaron: demasiado tiernos para soportarlos, e imposibles de olvidar. El pecho se le tensó hasta dejarla casi sin aliento, y entonces la rabia ardió en su interior como fuego, escaldando la entumecida quietud con un calor salvaje. Agradeció aquella ira. Las llamas de convicción que se le habían instalado desde la caída de los suyos.

Aquello no sería el final de su familia. No mientras ella tuviera fuerzas para luchar.

Charlotte alzó la barbilla y entornó los ojos hacia el paisaje invernal.

Que aúllen los vientos. Ella soportaría la tormenta y saldría vencedora, costara lo que costase.

Su mirada se deslizó hasta el retrato de su padre sobre la repisa de la chimenea; sus facciones, tan familiares, eran a la vez consuelo y recordatorio doloroso de todo lo que habían perdido. Una punzada de culpa le retorció el pecho al asentarse sobre sus hombros un peso conocido.

—Perdóname, padre —susurró—. Debería haber hecho más.

La ira le pinchó el corazón.

—Tú deberías haber hecho más.

Pero el arrepentimiento y el enojo no cambiarían su suerte. Charlotte sabía que debía mirar hacia delante. Tenía un plan, uno que llevaba meses urdiendo. El duque de Ravenscroft, Grant Tilbury, se creía intocable, protegido por su riqueza y su influencia. Pero todo hombre tenía debilidades. Solo debía descubrir las suyas.

Él pagaría por lo que le había hecho a su familia. Ella lo desenmascararía. La sociedad lo vería por lo que era: un villano disfrazado de noble, y ella devolvería a los Ashbourne a su antiguo esplendor.

Los dedos se le cerraron en puños a los lados, las uñas clavándose en la piel de las palmas. No descansaría hasta consumir su venganza.

Se apartó de la ventana, las faldas susurrando al deslizarse fuera de las sombras frías de la estancia. Avanzó por los pasillos silenciosos y vacíos, con sus pasos resonando sobre las tablas.

Empujó la puerta del saloncito y se detuvo, con el corazón encogiéndose ante lo que vio. Su madre, lady Ashbourne, antaño una mujer vibrante y vivaz, estaba ahora encorvada en un sillón de terciopelo, las manos apretadas en el regazo. Las mejillas, antes sonrosadas, se le habían hundido; la luz de sus ojos se había apagado. La habitación misma parecía haber perdido el brillo: los muebles se mostraban gastados, y los cortinajes, raídos.

—Madre —saludó Charlotte en voz baja, acercándose para sentarse a su lado, cerca del fuego—. ¿Cómo os encontráis hoy?

Su madre alzó la vista y clavó en ella una mirada cansada.

—Temo por nuestro futuro, hija mía —suspiró, con las manos temblorosas en el regazo—. Las deudas no dejan de crecer y nos hemos visto obligados a despedir a más personal. No sé cuánto tiempo más podremos resistir. Me aterra pensar qué será de nosotros.

Charlotte apretó la mano de su madre, deseando transmitirle una pizca de fortaleza.

—Encontraremos un modo, mamá. Os lo prometo.

Lady Ashbourne negó con la cabeza; una sonrisa desprovista de alegría asomó a la comisura de sus labios.

—Vuestro optimismo es admirable, hija mía, pero temo que esté fuera de lugar. Estamos a un paso de perderlo todo, y no soporto la idea de que tú y tu hermano sufráis todavía más a causa de los errores de vuestro padre.

La mención de su padre encendió en Charlotte una nueva oleada de rabia, pero la contuvo, concentrándose en reconfortar a su

madre.

—No permitiré que eso ocurra, madre. He estado trabajando en un plan y lo llevaré a cabo. El duque de Ravenscroft no se saldrá con la suya después de lo que nos ha hecho.

—¿Crees que un plan nos salvará? —La voz de su madre tembló; las palabras sonaron más a acusación que a súplica.

Charlotte vaciló, con la protesta atrapada en la garganta. Por un instante se le coló la duda, pero se la tragó, endureciendo la mirada.

—Sí, mamá. Un plan —dijo; las palabras se le escaparon como un juramento.

Su mente ya hilaba los pasos necesarios: los secretos que tendría que desentrañar, las alianzas que quizá se vería obligada a forjar. Pero se guardó aquellos pensamientos, reacia a arriesgar un solo traspié.

—Charlotte, no debéis... —Los ojos de su madre se abrieron de par en par al apretarle la mano—. El duque es poderoso. No quiero que os pongáis en peligro ni que dañéis vuestra reputación. Es lo único que os queda. Además, vuestro padre no está exento de culpa. Si no fuese por sus acciones...

—Seré cuidadosa —la tranquilizó Charlotte, aunque su determinación ya se había solidificado. No se echaría atrás, costara lo que costase.

Lady Ashbourne la estudió durante un largo momento, como si buscara un indicio de vacilación. Al no encontrarlo, exhaló un suspiro pesado y dejó caer los hombros, vencida.

—Supongo que no hay nada que pueda decir para disuadiros —murmuró, con un atisbo de orgullo mezclado con la preocupación—. Siempre fuisteis una muchacha obstinada, a pesar de vuestra naturaleza reservada.

—Lo aprendí de vos, mamá —respondió Charlotte con una sonrisa suave, recordando las innumerables veces que su madre la había reñido por su testarudez.

Por un breve instante, en los ojos de Edith Ashbourne, vizcondesa de Ashbourne, relampagueó la mujer que solía ser... pero la chispa se apagó enseguida bajo el peso de la realidad.

—Prometedme que no haréis ninguna tontería —susurró—. No soportaría perderos a vos también.

Charlotte se inclinó y depositó un beso suave en la frente de su madre.

—Os lo prometo, madre. Haré que todo vuelva a su sitio.

El repiqueteo de unos pasos en el corredor las interrumpió. Henry irrumpió en la habitación sin aliento, las mejillas encendidas por la emoción. El pergamino que llevaba en la mano temblaba cuando lo alzó, y su voz apenas lograba contener la exaltación de la noticia.

—¡Madre, Charlotte! —exclamó, acercándose a toda prisa—. ¡No vais a creer lo que ha llegado!

Con trece años, Henry era la encarnación del optimismo juvenil; su entusiasmo desbordante contrastaba con la atmósfera sombría que había caído sobre Riverwood Manor en los últimos meses. Charlotte no pudo evitar sonreír. Aun así, el corazón le dolía al pensar en la carga que el muchacho ya llevaba desde la muerte de su padre: ser el vizconde de Ashbourne.

—¿Qué ocurre, Henry? —preguntó, alargando la mano para revolverle el cabello rubio, alborotado—. ¿Qué ha llegado?

Él le tendió el vellum con una sonrisa tan amplia que parecía partirle la cara.

—Es vuestra entrada de regreso en sociedad. El primer paso para elevar de nuevo a nuestra familia. Una invitación al baile de los Alderage. Vuestra primera invitación desde el escándalo.

Charlotte se quedó helada, con la vista clavada en la invitación. Los dedos le quedaron suspendidos sobre el pesado papel.

Esto tenía que ser obra de Arabella. ¿Cómo habría logrado convencer a Sus Gracias?

Los labios de su madre se curvaron en una sonrisa leve.

—¿El duque y la duquesa de Alderage? ¿Invitándonos a su baile? ¿Por qué harían algo así, después de todo lo que nos ha sucedido?

La sonrisa se le marchitó.

—Nuestra presencia podría dañar su reputación.

—Porque lady Arabella es una amiga querida —dijo Charlotte.

Una comprensión súbita la atravesó.

Aquello era. La oportunidad que llevaba esperando. La ocasión perfecta para poner en marcha su plan.

—Apuesto a que el duque de Ravenscroft asistirá. Es la ocasión ideal.

—No debemos aceptar —dijo su madre, dejándose caer contra el respaldo—. No tenemos joyas. Ni vestidos adecuados. Nos hemos visto obligados a vender todo lo de valor.

Una sonrisa lenta se dibujó en el rostro de Charlotte, y algo nuevo, obstinado, brilló en sus ojos.

—Por supuesto que aceptaremos, madre —repuso, con una dulzura falsa que goteaba en cada palabra—. No es más que una invitación a un baile. ¿Y quiénes somos nosotras para rechazar una oferta tan generosa? No necesitamos joyas... pero sí una entrada de vuelta en sociedad, y esto es perfecto.

Henry frunció el ceño, sin comprender del todo la corriente subterránea que había en la estancia.

—Entonces... ¿significa que vais a ir? —preguntó, esperanzado.

Charlotte alargó la mano y tomó la invitación.

—Sí, Henry —dijo, sin apartar la vista de la caligrafía elegante—. Iremos. Y le mostraré al duque de Ravenscroft exactamente lo que ocurre cuando se cruza con los Ashbourne.

Charlotte no conocía al duque en lo personal, pero se lo habían presentado durante su primera temporada, y los rumores pintaban una imagen vivísima. Hablaban de un hombre de presencia dominante, alto y de hombros anchos, con el cabello oscuro y unos ojos grises capaces de ver a través del alma. Devastadoramente atractivo, poseía un encanto capaz de desarmar incluso al corazón más vigilante.

Pero ella sabía que, bajo aquel exterior encantador, se escondía un corazón de hielo. El duque era conocido por sus tratos implacables, por su habilidad para aplastar a sus enemigos sin pensárselo dos veces. Tenía fama de ser frío y calculador, siempre un paso por delante.

Y ahora había arrasado a su familia.

El suspiro cansado de su madre la sacó de sus pensamientos.

—Charlotte, hija mía... Sé que vuestras intenciones son buenas, pero temo que esta sea una batalla que no merece la pena. El duque es demasiado poderoso, demasiado bien relacionado. ¿Qué puedes hacer tú contra él? —Le tomó la mano—. ¿No sería mejor que dedicaras tu tiempo a buscar marido?

Charlotte negó con la cabeza.

—Ningún caballero me querría ahora, y vos lo sabéis —dijo.

Apretó la mano de su madre.

—Pero no os preocupéis. Podemos luchar, mamá. Puedo demostrarle que nuestra familia no es alguien con quien se pueda jugar. Puede que hayamos perdido a padre, nuestras joyas y la plata... pero aún conservamos el orgullo y la dignidad. Y no permitiré que el duque también nos arrebatase eso. Asistiremos al baile y a cualquier otro acto social al que nos inviten.

Los ojos de su madre se llenaron de lágrimas y la estrechó con fuerza.

—Mi valiente niña —susurró, con la voz quebrada—. Vuestro padre estaría tan orgulloso de vos.

Charlotte parpadeó para contener sus propias lágrimas; la determinación se le endureció con cada latido. Se levantó, con el corazón pesado por lo que se avecinaba. Confrontaría al duque, sacaría a la luz sus fechorías y restauraría el honor de los Ashbourne. Pero antes debía prepararse.

De regreso a sus aposentos, Charlotte se sentó ante el escritorio, con la mente desbocada. Tomó una hoja de papel, mojó la pluma en el tintero y empezó a escribir una carta a lady Arabella Fitzwilliam. Hija del duque y la duquesa de Alderage, era, además, su amiga más íntima y confidente.

Mi queridísima Arabella:

Escribo para expresarte mi profunda gratitud por la invitación que hemos recibido hoy. Sé que ya has hecho mucho por mí, pero me siento obligada a pedirte un par de cosas más. ¿Podrías asegurarte de que el duque de Ravenscroft reciba invitación, si todavía no la ha recibido? Tengo un plan para enfrentarme a él por lo que ha hecho a mi familia, pero necesito la oportunidad de verlo cara a cara.

Además, me temo que ando corta de vestidos. ¿Tendrías alguno que pudieras prestarme?

Siempre tuya, Charlotte

Cuando firmó, se le coló la duda. ¿Era la venganza la respuesta? ¿Podía realmente restaurar su nombre, su honor y su fortuna?

La imagen del espíritu quebrado de su padre, el modo en que terminó su vida y la desesperación de su madre apartaron aquella vacilación.

Con el pecho endurecido por la resolución, Charlotte selló la carta. La envió con el único lacayo que les quedaba. Se detuvo junto a la ventana, contemplando la nieve caer en mantos suaves y silenciosos bajo la luz de la luna, mientras meditaba en su venganza.

Sonrió a su reflejo en el cristal.

El duque de Ravenscroft aprendería pronto el verdadero significado de la retribución, y Charlotte sería quien se lo enseñara.

—Grant Tilbury, duque de Ravenscroft, nos lo quitaste todo —susurró a la noche—. Ahora maldecirás el día en que te atreviste a cruzarte con los Ashbourne.

CAPÍTULO 2



Grant Tilbury, duque de Ravenscroft, se pellizcó el puente de la nariz mientras contemplaba el exterior a través del ventanal de su despacho. El peso de sus responsabilidades se le echaba encima como una losa, amenazando con aplastarle el ánimo.

—Maldita sea —murmuró, volviendo a la mesa abarrotada de papeles.

Libros de cuentas, peticiones de los arrendatarios y registros financieros componían un laberinto de obligaciones sin final.

Tomó la última carta de su administrador y repasó el contenido con el ceño fruncido. Otra cosecha pobre. Más familias incapaces de pagar la renta. Las arcas de la finca ya estaban tensas; si aquello seguía así, se vería obligado a cobrar viejas deudas que otros debían a su familia. Deudas que arruinarían a más de uno.

Soltó el aire, frustrado.

—¿Qué pretendes que haga, padre? —preguntó a la habitación vacía, con la voz teñida de amargura—. Me dejaste tan poca elección que solo puedo ser el villano.

Casi podía oír la risa despreocupada de su padre, ver cómo apartaba con un gesto cualquier inquietud por las deudas crecientes. Ahora aquellas deudas recaían, sin remedio, sobre los hombros de Grant, junto con el sustento de centenares de personas que dependían del éxito de Ravenscroft.

Mantener la finca a flote no había sido tarea sencilla. A base de pura voluntad lo había logrado: había estabilizado las arcas

familiares y enderezado lo imprescindible. Aun así, quedaba mucho por hacer.

Un golpe en la puerta interrumpió su ensimismamiento.

—Adelante —ordenó, enderezándose.

Apareció su mayordomo, con expresión apurada.

—Con vuestro permiso, Su Gracia, el duque de Hargate está aquí para veros.

Grant reprimió un suspiro. Johnathan Seton era uno de los pocos hombres a los que consideraba amigo, pero no estaba de humor para visitas. Aun así, quizá una distracción no le vendría mal.

—Hacedle pasar.

Instantes después, Hargate entró en el despacho con su habitual media sonrisa.

—Ravenscroft, tienes un aspecto infernal. No me digas que sigues enterrado en esos malditos registros.

—Algunos nos tomamos en serio nuestras responsabilidades, Hargate —replicó Grant con sequedad, aunque el gesto se le suavizó apenas.

Hargate se dejó caer en un sillón y plantó las botas sobre el escritorio pulido de Grant.

—Y algunos sabemos cómo disfrutar de la vida. ¿Cuándo fue la última vez que saliste de este mausoleo?

Los pensamientos de Grant derivaron hacia el baile que organizaría en breve. Otro deber. Otra máscara.

—Me dejaré ver en sociedad lo bastante pronto. Se acerca mi baile de Navidad.

—Ah, sí; tu intento anual de demostrar que no te has convertido en un completo ermitaño —ironizó Hargate—. ¿Alguna joven casadera te ha llamado la atención?

Grant bufó.

—Sabes de sobra que no tengo tiempo para frivolidades. La finca—

—La finca te necesita, sí, lo sé —lo cortó Hargate—. Pero no sirves a nadie si te trabajas hasta la tumba. Y, tarde o temprano, necesitarás un heredero.

Por mucho que detestara admitirlo, su amigo tenía razón. La tensión constante le estaba pasando factura; se sentía hueco, aislado.

—Quizá tengas razón —concedió, a regañadientes—. Un respiro breve podría sentarme bien.

La mirada de Hargate brilló, triunfal.

—¡Eso es! Y ahora, ¿qué tal si asaltamos tus bodegas y te recuerdo cómo se divierte un hombre?

Por un instante, Grant estuvo tentado de negarse. Pero al contemplar la montaña de papeles, sintió un destello de rebelión contra las cadenas del deber.

—Muy bien —dijo, poniéndose en pie—. Pero solo una botella. Tengo que volver al trabajo.

Mientras abandonaban el despacho, Grant lanzó una última mirada a la mesa. Las cargas seguirían allí al día siguiente; por el momento, se permitió una tregua.

Grant y Hargate recorrieron el corredor iluminado por velas hasta los sótanos bajo Ravenscroft Manor; el aire se volvía más frío con cada paso. Las sombras titilaban sobre la piedra, y Grant notó una ligereza extraña en el pecho, tan poco familiar que casi le inquietó.

Era alivio, fugaz, pero alivio al fin: una pausa breve en las exigencias interminables de la finca.

—Cuidado, Ravenscroft —bromeó Hargate—. Si alguien te ve sonreír, podrían pensar que el duque de Ravenscroft se ha ablandado.

Grant enarcó una ceja; una sonrisa apenas insinuada tiró de su boca.

—Me temo que perdería la reputación por completo si se corriera la voz.

Al llegar a la bodega, el aire se llenó del aroma denso de la madera envejecida y el vino. Filas y filas de botellas reposaban en sus estantes, cada una etiquetada con año, viñedo y región. Algunas llevaban madurando desde los tiempos de su abuelo: la herencia de Ravenscroft, guardada bajo aquellas bóvedas.

La mirada de Hargate recorrió las estanterías con gozosa anticipación.

—Ah, has escondido aquí abajo lo mejor —dijo, escogiendo una botella polvorienta con un gesto satisfecho—. Esta. Nada de tu vino aguada de mesa para nosotros.

Grant observó cómo su amigo tomaba una segunda botella y se sorprendió al sentirse, de pronto, más ligero. Había olvidado —se dio cuenta— lo distintas que eran las cosas en compañía de un amigo. Allí, en el calor tenue de la bodega, podía fingir casi que el peso del título no existía; que el mundo exterior no tenía derecho alguno sobre él.

Regresaron a la biblioteca y se acomodaron en sillones de cuero junto al fuego. Hargate sirvió el vino; el rojo profundo atrapó el parpadeo de las llamas antes de deslizarse en la copa. Le tendió una a Grant.

—Por cargas aligeradas, aunque sea por una noche —brindó Hargate, alzando la copa.

Grant hizo chocar la suya con la de su amigo; una sonrisa rara se le abrió paso.

—Por los amigos que insisten en recordarte a qué se parece la frivolidad.

Bebieron en silencio un momento, saboreando la riqueza del vino, el aire denso de camaradería no dicha. El calor del alcohol se extendió por Grant, aflojando la tensión que le había tensado el pecho desde la mañana.

—Dime, Hargate —dijo, rompiendo la calma—. ¿Has venido a Ravenscroft solo para reñirme por mi soledad o hay otro motivo detrás de tu visita?

Hargate se echó hacia atrás y lo miró con un brillo en los ojos.

—Sabía que acabarías yendo al grano. —Hizo girar el vino en la copa, pensativo—. He venido a traerte una invitación. Y, antes de que lo digas, no: no una de esas malditas convocatorias sociales.

La expresión de Grant se volvió cautelosa.

—¿Una invitación a qué, exactamente?

Hargate se inclinó hacia delante, bajando la voz con aire conspirador.

—A una velada de cartas y desenfreno entre unos cuantos caballeros selectos. Una reunión de quienes nos cansamos de las

cortesas cadenas que la sociedad insiste en imponernos.

Grant lo consideró con cuidado.

—¿Es otro de tus clubes clandestinos?

Hargate soltó una risa.

—Algo así. Estoy formando un grupo, ¿ves? Un lugar para hombres que no desean caminar por la raya que la sociedad dibuja. Donde un caballero puede ser algo más que su título.

Grant clavó la mirada en el fuego, sopesándolo. Aquel escape sonaba tentador, aunque solo fuera por una noche. Pero conocía bien los riesgos de entrar en el mundo de Hargate. La reputación —había aprendido— era una cosa frágil.

—Dudas —observó Hargate; el gesto se le afinó—. ¿Temes el juicio de la sociedad, Ravenscroft? ¿O el tuyo?

Grant sostuvo la mirada de su amigo, con un destello de desafío.

—Simplemente no puedo permitirme distracciones, Hargate. Mis responsabilidades no se apartan con tanta facilidad.

—¿Responsabilidades? —bufó Hargate—. ¿Crees que unas horas de cartas y brandy llevarán a Ravenscroft a la ruina? Me atrevería a decir que tu padre tenía menos reparos ante esos placeres. Y, si me permites recordártelo, yo también soy duque. Tenemos las mismas responsabilidades y, aun así, encuentro tiempo para divertirme.

El rostro de Grant se ensombreció, y Hargate se dio cuenta al instante de su error.

—Perdón —murmuró, alzando una mano en señal de contrición—. No pretendía ofenderte. De verdad.

Tras un momento tenso, Grant asintió.

—Lo sé.

La habitación quedó sumida en un silencio pensativo, roto solo por el crepitar del fuego. Por fin, Hargate habló; su tono era más suave.

—¿No te cansas nunca de todo esto, Ravenscroft? ¿De la carga interminable de sostener el apellido? ¿Del peso de las expectativas ajenas?

Grant suspiró, haciendo girar el vino.

—¿Cansarme? Constantemente. Pero mis deseos son irrelevantes. El título existe para llevarse, lo quiera o no. —Alzó la

vista hacia Hargate—. Y antes de que lo digas: tu finca no carga con las mismas cargas que la mía.

Hargate negó despacio.

—Esa es la diferencia entre tú y yo, amigo. Tú te sientes atado a una herencia; yo solo heredé un título. Quizá te vendría bien aprender un poco de despreocupación.

—La despreocupación ya me ha costado demasiado —replicó Grant, bajo, con un borde de amargura—. Fue el modo de mi padre y yo he quedado para pagar sus deudas. Para deshacer el daño.

La verdad cruda quedó suspendida en el aire. Por mucho que Hargate proclamara libertad, Grant sabía que los caprichos de un hombre podían derribar lo que generaciones habían levantado.

—Podrías reconsiderar mi oferta. No me supondría ninguna carga prestar—

—No —lo cortó Grant—. No añadiré más deuda a mi finca. Además, la situación ya no es tan desesperada. He reconstruido una fortuna considerable y aún hay deudas que puedo cobrar, si fuese necesario.

Hizo una pausa; la voz se le endureció.

—La generosidad de mi padre fue parte de su ruina. Casi tan destructiva como su juego y sus gastos desmedidos.

Un silencio sombrío se instaló; ambos quedaron atrapados en sus propios pensamientos. Al final, Grant dejó la copa vacía y se incorporó.

—Basta de filosofar por una noche, Hargate. Has venido a animarme, no a recordarme lo que cargo.

Hargate sonrió, levantándose para darle una palmada en el hombro.

—¡Exacto! Ahora que ya has tomado tu dosis de seriedad, vámonos a un lugar menos lúgubre.

Grant alzó la vista, y su atención quedó atrapada por el retrato sobre la chimenea: el rostro severo de su padre lo observaba, el juicio grabado en las líneas.

—Nunca fuiste un hombre de permanecer quieto, padre —murmuró, apenas audible—. Entonces, ¿por qué sigues atormentándome?

Sintió la mano de Hargate en el hombro: un momento raro de comprensión.

—Uno hace lo que puede, Grant, pero ningún hombre carga un título sin cicatrices.

Grant inclinó levemente la cabeza, reconociendo el consuelo en aquellas palabras. Miró alrededor de la biblioteca; las estanterías altísimas, los volúmenes encuadernados en cuero, el polvo tenue sobre los lomos le ofrecieron una calma extraña.

—Cambiemos de asunto, ¿quieres? —dijo.

—Desde luego. —La mirada de Hargate recorrió los anaqueles—. Dime, ¿con qué frecuencia lees últimamente?

Sacó un libro, hojeó unas páginas y lo devolvió a su sitio.

—¿O el duque de Ravenscroft no tiene tiempo ni para su propia biblioteca?

Grant dejó escapar una sombra de sonrisa.

—No tan a menudo como me gustaría. La finca me mantiene lo bastante ocupado.

—Una pena —repuso Hargate—. Uno puede perderse en las historias, ¿sabes? Es como esconderse a plena vista.

Grant observó cómo Hargate paseaba entre los estantes, tomando un libro aquí, otro allá. Se preguntó, no por primera vez, cómo lograba su amigo equilibrar su aire despreocupado con una mente que, a menudo, parecía más aguda de lo que era justo.

Tras una hora tranquila entre tomos polvorientos, salpicada por alguna broma de Hargate y la rara carcajada de Grant, la velada tocó a su fin.

Cuando Hargate se dispuso a marcharse, se giró hacia Grant con una seriedad inusual.

—Si alguna vez te cansas de estas paredes, Ravenscroft, sabes dónde encontrarme. Mi puerta está siempre abierta, a cualquier hora.

Grant inclinó la cabeza.

—Gracias, Hargate. Puede que acabe aceptando.

La sonrisa de Hargate regresó.

—Entonces tendré a mano una garrafa de tu mejor whisky.

Grant soltó una risa breve, le dio un asentimiento firme y lo acompañó hasta la puerta. Conforme los pasos de Hargate se desvanecían por la avenida, Grant se quedó un instante en el umbral; el aire helado de la noche le picó la piel. Sintió asentarse en su interior una resolución extraña, una certeza tranquila: pese a todas sus cargas, no estaba del todo solo.

De vuelta en el despacho, recorrió con la mirada los libros de cuentas y los papeles, como si los viera con claridad nueva. Sus responsabilidades no habían desaparecido, ni los desafíos se habían aligerado. Pero el recuerdo de la amistad —de una compañía que iba más allá de los lazos superficiales de la sociedad— había removido algo en su interior: una fortaleza que creyó perdida.

Y, cuando volvió a sentarse, sus pensamientos se desplazaron hacia la Navidad que se acercaba. Aquel año, quizá pudiera permitirse algo más que el deber.

Quizá pudiera concederse un atisbo de la alegría que llevaba tanto tiempo negándose.

Por primera vez en años, Grant se sorprendió deseando las reuniones: los rostros, las risas y, tal vez, el calor de la estación.

CAPÍTULO 3



El corazón de Charlotte latía desbocado cuando cruzó el umbral del salón de baile dorado. Sus manos enguantadas se cerraron con fuerza en torno al delicado abanico que sostenía. La suave luz de las velas bañaba la estancia en un resplandor cálido, derramándose sobre la multitud de la alta sociedad londinense, envuelta en satenes y sedas suntuosas.

Recorrió la concurrencia con la mirada hasta que esta se detuvo, inevitable, en una única figura al otro lado de la sala: Grant Tilbury, duque de Ravenscroft.

Incluso entre aquella muchedumbre espléndida, él destacaba. Un canalla imperturbable en medio del remolino aristocrático. Alto, de hombros anchos, con el cabello oscuro y un punto indómito enmarcándole el rostro de fría seguridad, atraía la atención de un círculo de admiradores pendientes de cada una de sus palabras.

Charlotte tragó saliva, sintiendo a la vez un temblor de temor y de resolución. Estaba allí por su familia, por el honor de su padre. Ninguna vacilación la desviaría.

—¿Estás segura de esto? —preguntó Arabella, con la preocupación asomada en los ojos.

—Es solo un hombre —respondió Charlotte en voz baja—. Gracias por tu ayuda.

Alzó la vista.

—Y por el vestido.

—De nada —dijo Arabella.

Charlotte miró de nuevo al extremo opuesto del salón.

—Discúlpame.

Arabella le tomó la mano y la apretó con suavidad.

—Ten cuidado.

—Lo tendré.

Charlotte se irguió, alzando apenas la barbilla mientras se acercaba al duque. El fulgor tenue de las perlas que adornaban el vestido prestado parecía reflejar el acero que escondía bajo su fachada elegante. Aquel hombre había agraviado a su familia, los había reducido a la ruina; y, aun así, ella lo enfrentaría no como una violeta tímida, sino como lady Charlotte Ashbourne, hija del difunto vizconde de Ashbourne.

Se abrió paso entre los grupos de invitados impecablemente vestidos, la mirada fija en él, inquebrantable. Por fin alcanzó el borde del corro que lo rodeaba. En ese instante, él se volvió. Sus ojos, de un gris acerado, encontraron los de ella, y alzó una ceja, como si reconociera su audacia.

A Charlotte le palpitó el pulso con fuerza, pero se negó a dejarlo ver. Enderezó los hombros y le dedicó un saludo escueto con la cabeza.

Grant afiló la mirada, interesado. Despachó al grupo con encanto, se excusó con naturalidad y se dirigió a ella. Una sonrisa lenta —casi depredadora— le curvó los labios.

El corazón de Charlotte se aceleró, aunque obligó a su rostro a permanecer sereno.

—Lady Charlotte —la saludó, con una voz suave y profunda—. ¿A qué debo el placer?

Charlotte inclinó la cabeza.

—Su Gracia, ¿podría hablar con vos?

La comisura de su boca se elevó; arqueó una ceja con leve sorpresa.

—¿Hablar? Qué intrigante.

Le ofreció el brazo e inclinó la cabeza hacia la pista.

—¿Y si llevamos la conversación a un baile?

Sin duda, al amanecer, la violeta escandalosa y el duque recluso serían objeto de comentarios; pero Charlotte apenas podía

permitirse preocuparse por ello.

Dudó, aunque comprendió que sería imprudente negarse. Sin decir palabra, posó la mano enguantada sobre el brazo de él y sintió un estremecimiento extraño con aquel contacto.

Cuando avanzaron hacia la pista, la respiración de Charlotte se aceleró, aunque se esforzó por no mostrar turbación ante su cercanía. En cuanto tomaron posición, los murmullos del salón se convirtieron en un zumbido bajo de interés. Las cabezas se giraron para contemplarlos cuando comenzaron a bailar.

—Esta noche sois todo un misterio, lady Charlotte —comentó él, guiándola con una facilidad perfecta en los pasos del vals.

Su mano descansaba ligera sobre la cintura de ella; el tacto era a la vez imperioso e inquietantemente delicado.

—Me atrevería a decir que apenas os parecéis a vos misma. ¿Qué os habéis hecho en el cabello? ¿Y ese vestido?

Su mirada descendió, deliberada, hasta el escote. La indignación le subió a Charlotte a las mejillas, pero no se movió ni un ápice.

—No he venido a ofrecer entretenimiento, Su Gracia.

En los ojos de él brilló un destello divertido.

—¿Ah, no? Entonces solo puedo preguntarme qué os ha traído hasta aquí, navegando por las aguas llenas de rumores de la alta sociedad, para venir a buscarme.

Charlotte tomó aire, obligándose a mantener la compostura.

—Creo, Su Gracia, que sois perfectamente consciente de las consecuencias de vuestras acciones sobre mi familia.

La mirada de Grant se estrechó apenas, aunque su expresión siguió siendo de interés distante.

—Ah. Así que se trata de las malas decisiones de vuestro padre. Sí, soy consciente de las... dificultades de vuestra familia.

A Charlotte se le tensó la columna al oír la ligereza con la que pronunciaba aquella palabra.

—¿Dificultades? —repitió con frialdad—. Fuisteis vos quien exigió el cobro de la deuda que nos arruinó.

—¿Arruinó? No exageremos. —La voz de Grant se suavizó, afilándose al mismo tiempo—. Fue negocio, mi lady. Ese tipo de

transacciones son habituales entre caballeros. Quizá vuestro padre fue... poco prudente.

Charlotte apretó la mandíbula; por un instante la rabia quebró su cuidadoso aplomo.

—Qué cómodo debe de ser hablar con tanta ligereza de estas cosas siendo hombre. Olvidáis las vidas que se ven afectadas por esas... transacciones.

Grant sostuvo su mirada, imperturbable.

—Os aseguro, lady Charlotte, que yo no olvido nada.

Giraron por la pista en silencio, la tensión entre ambos hirviendo como una llama indómita. Mientras avanzaban, él se inclinó un poco, bajando el tono hasta casi un susurro.

—Perdonad mi atrevimiento, pero no parecéis el tipo de mujer que se enfrenta a mí por el honor de su padre. ¿Qué deseáis exactamente de mí?

Ella no apartó los ojos.

—Deseo que el honor y el nombre de mi familia sean restaurados. Quiero ver la casa Ashbourne devuelta a lo que era antes... antes de vos.

La boca de él se curvó, como si reprimiera una sonrisa.

—Vaya petición, mi lady.

—Solo pido lo que nos fue arrebatado —replicó ella, con una indignación contenida en cada sílaba.

—Yo no obligué al vizconde a contraer esas deudas —dijo Grant con frialdad—. Os aseguro que lo hizo de buen grado.

La escrutó con atención; al cabo de un momento, sonrió con una expresión mitad curiosidad, mitad diversión.

—Con todo, os haré una contrapropuesta. Resulta que necesito cierta... distracción esta temporada. Pasaréis las fiestas conmigo y me concederéis el placer de vuestra compañía. Os alojaréis en mi casa desde mañana hasta la Noche de Reyes. Con discreción, por supuesto, para no dañar aún más vuestra reputación.

Los ojos de Charlotte se abrieron. El corazón le golpeó con fuerza —de ira y de aprensión—, pero obligó a sus facciones a permanecer indiferentes.

—¿A cambio de qué, exactamente?

—A cambio, mi lady, perdonaré una parte de la deuda de vuestra familia. Lo suficiente para aliviar una porción de esa carga que decís detestar.

—No compartiré vuestra cama —dijo ella, sintiendo el rubor encenderle las mejillas.

—Qué lástima —sonrió él con descaro—. Aunque yo solo he hablado de compañía. Me hace falta una distracción, y creo que vos sois capaz de ofrecérmela.

La oferta quedó suspendida entre ambos como una espada de doble filo: tentadora y peligrosa.

Charlotte lo estudió, con la mente corriendo a toda velocidad. Aquello podía ser la rendija que necesitaba. Si lograba encantarle, hacer que la deseara, quizá podría doblegar su voluntad. Le daría exactamente lo que él pedía mientras escondía la verdadera intención: vengar a los suyos.

Al fin, dejó asomar una sonrisa pequeña, controlada.

—Vuestra proposición es... poco convencional, por decirlo de algún modo, Su Gracia.

Él ladeó la cabeza, con desafío en la mirada.

—¿Pero aceptable?

—Tal vez —respondió Charlotte, alzando la barbilla con tranquila insolencia—. Pero necesitaré tiempo para pensarlo.

Grant la observó un instante; un atisbo fugaz de intriga cruzó sus facciones antes de inclinar la cabeza.

—Por supuesto, mi lady. Tomad todo el tiempo que necesitéis, siempre que lleguéis antes del almuerzo de mañana.

La música se elevó; siguieron bailando en silencio, con el peso de aquella oferta apretándole el pecho. Charlotte sentía la mirada de él como un calor tangible, estudiándola con una intensidad extraña. Aun así, no se permitió flaquear.

Al cabo de lo que pareció una eternidad, habló por fin.

—Acepto vuestra oferta, Su Gracia. Pasaré las fiestas con vos. Pero espero que no me toméis por una necia, fácil de llevar a la sumisión.

Los labios de Grant se curvaron en una sonrisa astuta; un destello de triunfo le brilló en los ojos.

—Oh, os aseguro, lady Charlotte, que no pienso nada de eso. Es más... estoy deseando afrontar el... desafío.

Sus palabras le recorrieron la espalda con un escalofrío que apenas logró disimular. Tendría que mantener el juicio firme para no caer bajo aquel encanto peligroso.

—Iría acompañada de una carabina.

—No es necesario. —La atrajo un poco más hacia sí—. No deseo arruinaros. Si alguien os descubre bajo mi techo, lo hará sabiendo que la duquesa viuda será vuestra carabina.

Cuando el baile terminó, la soltó y la saludó con una reverencia impecable. Charlotte devolvió el gesto con una graciosa cortesía, la cabeza erguida. Le sostuvo la mirada una última vez, con el ánimo zumbándole entre el temor y el estremecimiento de haber dado el primer paso en un juego peligrosísimo.

—Hasta nuestro próximo encuentro, Su Gracia —dijo, con una voz que mezclaba cortesía y desafío.

—Desde luego, mi lady —respondió él, inescrutable.

Al darse la vuelta, Charlotte sintió su mirada clavada en su espalda, siguiéndola incluso cuando abandonó el salón de baile y salió al corredor, más tranquilo. Se apoyó en el mármol frío y cerró los ojos un instante, intentando aquietar el torbellino de emociones.

Lo había logrado. El primer movimiento de su plan ya estaba en marcha.

Y, sin embargo, aquella victoria le supo a hueco, empañada por la incertidumbre de lo que vendría.

—Santo cielo —murmuró para sí—. ¿En qué me he metido?

Una voz resonó por el pasillo.

—¿Charlotte?

Abrió los ojos de golpe y se encontró frente a su madre. Su expresión mostraba una preocupación tenue, aunque había algo más... algo casi curioso en su mirada.

—Madre —acertó a decir, obligándose a mantener el tono sereno—. Pensé que os habíais quedado en el salón.

—Vi que salías de prisa y me sentí obligada a asegurarme de que todo estaba bien —respondió en voz baja, mirándola como si pudiera ver a través de cada máscara.

Charlotte se irguió. No permitiría que su madre adivinara ni un rastro del nerviosismo que aún le aleteaba por dentro.

—Perfectamente bien, os lo aseguro. Solo necesitaba un momento para... recomponerme.

Su madre enarcó una ceja, sin apartar los ojos del rostro de Charlotte.

—¿Qué ha ocurrido?

Arabella apareció a su lado.

—A mí también me gustaría saberlo.

—Ravenscroft desea mi compañía. He de pasar las fiestas con él a cambio de que nos devuelva una parte del dinero —respondió Charlotte con un tono deliberadamente frío—. Solo estaba valorando el curso de acción más prudente.

Su madre dio un paso hacia ella.

—¿Os habréis negado?

Charlotte sostuvo su mirada con renovada firmeza.

—He aceptado.

Su madre inhaló, aguda, como si la hubiera herido una bofetada invisible.

—Os arruinaréis —dijo Arabella, con el ceño fruncido por la inquietud.

Charlotte tensó la espalda.

—La duquesa viuda estará en la casa, y mi visita será discreta. Rara vez la gente me ha prestado atención, y no empezarán ahora.

—Os lo prohíbo —dijo su madre.

Charlotte posó la mano sobre el brazo de ella.

—Pensad en Henry. Pensad en todo lo que hemos perdido. No podéis prohibírmelo, porque necesitamos ese dinero.

Su voz se suavizó, aunque su resolución no.

—Os prometo que estaré bien y volveré con vos exactamente igual que ahora.

Los hombros de su madre se hundieron, como si el combate la abandonara.

—Me preocupo por vos, cariño.

—Y os lo agradezco, madre —susurró Charlotte, apretándole el brazo—. Pero, excepto nosotras dos y Arabella, nadie sabrá dónde

estoy. Y no hablaremos de ello.

—Por supuesto que no —asintió Arabella con decisión.

Luego se volvió hacia lady Ashbourne.

—Debemos confiar en Charlotte.

Su madre asintió despacio.

—Me cuesta... pero sí. Regresemos a casa.

—Como deseáis, madre.

Charlotte buscó a Arabella con la mirada.

—Por favor, presenta nuestras disculpas y transmite nuestra gratitud a tus padres.

—Lo haré —dijo Arabella.

Le dedicó una sonrisa y regresó al salón.

Cuando Charlotte salió al frío de la noche, sintió el peso de su elección asentarse sobre ella como un manto. El duque era tan astuto como había esperado, pero había algo en él que no había previsto: un encanto tan insidioso como cautivador.

Y, mientras descendía los escalones hacia el carruaje, supo que aquello solo era el comienzo.

Un juego de venganza que exigiría cada onza de su determinación.

CAPÍTULO 4



A la tarde siguiente, Charlotte descendió del carruaje; el corazón se le encogió al contemplar la imponente silueta de Ravenscroft Manor. La mansión se alzaba contra el cielo como una fortaleza de piedra, con incontables ventanas que brillaban con una intensidad casi vigilante. Inspiró hondo, obligándose a reunir valor.

—No me amedrentarán unos simples ladrillos y argamasa — murmuró, alisando los pliegues de su vestido de viaje azul pálido—. Por muy grandioso que sea.

Los escalones de entrada se extendían ante ella, amplios, rematados en mármol, refulgentes bajo el sol de la tarde. Mientras ascendía, dos lacayos aparecieron a su lado; su librea lucía tan impecable como las puertas de roble que se cernían delante. La mirada de Charlotte se detuvo en las tallas intrincadas: cada detalle era un recordatorio más de la riqueza y el poder del duque... un poder en manos del hombre que casi había desmantelado el futuro de su familia.

—Bienvenida a Ravenscroft Manor, mi lady.

La voz era rica y formal. Un caballero mayor se inclinó con respeto ante ella; un mayordomo de porte sereno y autoridad silenciosa.

—Soy el señor Morley. Confiamos en que halléis vuestra estancia confortable.

Charlotte inclinó la cabeza en saludo, ocultando su inquietud tras una sonrisa cortés.

—Gracias, señor Morley. Estoy segura de que así será.

En cuanto cruzó el umbral del gran vestíbulo, sintió una oleada de asombro que se disipó de inmediato, sustituida por una punzada de incomodidad. Los suelos de mármol relucían bajo arañas de cristal, y las paredes estaban cubiertas de pinturas inestimables. Todo en Ravenscroft Manor hablaba de una opulencia que empequeñecía incluso el antaño próspero patrimonio de los Ashbourne.

Charlotte se forzó a concentrarse y exhaló despacio.

No estás aquí para mirar embobada como una jovencita impresionable.

—¿Deseáis que os muestre vuestros aposentos, lady Charlotte?

—preguntó el señor Morley, con un tono tan pulido como las propias galas de la casa—. ¿O preferís quizá refrescaros en el salón?

Charlotte vaciló. Sus planes, tan cuidadosamente trazados, se tambalearon un instante cuando reparó en un tapiz exquisito colgado al fondo. Sintió el impulso infantil de alargar la mano y tocar la tela lujosa.

—Oh... un recorrido sería ideal, ¿no os parece?

La voz cálida y musical interrumpió sus pensamientos.

Charlotte se volvió y vio a una mujer rolliza y maternal acercándose, con los ojos arrugados por una sonrisa amable.

—Soy la señora Walsh, ama de llaves —se presentó—. Me encantará enseñaros la casa antes de que os retiréis.

Charlotte se recompuso y sostuvo la mirada cordial de la señora Walsh con tanta compostura como pudo reunir.

—Gracias, señora Walsh. Sería encantador.

Mientras paseaban por los corredores, a Charlotte le costaba contener las manos para que no rozaran las telas sofisticadas y la madera pulida. Su mirada bebía cada rincón, cada detalle.

Estás aquí con un propósito, Charlotte, se recordó. No lo pierdas de vista, por deslumbrante que parezca el mundo del duque.

—Y aquí tenemos el salón azul —anunció la señora Walsh alegremente al detenerse ante un par de puertas ornamentadas—. Su Gracia suele tomar el té aquí por las tardes.

Al oír mencionar al duque, la espalda de Charlotte se enderezó.

—¿Ah, sí? —respondió, procurando que su voz sonara ligera, aunque el pulso se le aceleró.

—Oh, sí. Es uno de sus favoritos —continuó la ama de llaves, ajena a la reacción de Charlotte—. La luz es ideal para leer.

Charlotte asintió apenas; una idea prendió en su interior.

¿Qué volúmenes revelarán sus preferencias... o sus debilidades?

—Qué espléndido —murmuró—. A mí también me gustan los buenos libros.

La señora Walsh soltó una risita.

—A Su Gracia le entusiasman los informes de la finca.

Siguieron por el pasillo; la ama de llaves señalaba distintos detalles mientras Charlotte templaba su determinación. La grandeza que la rodeaba no la desviaría. Recordaría la desesperación silenciosa que había ensombrecido los últimos días de su padre, el hogar vibrante que habían perdido.

Haría justicia.

Costara lo que costase.

Doblaron una esquina y a Charlotte se le cortó el aliento.

El duque venía hacia ellas.

Alto, el cabello oscuro, la mirada penetrante... dominaba el espacio incluso antes de hablar.

—Lady Charlotte —la saludó, y su voz grave resultó inesperadamente cálida—. Bienvenida a Ravenscroft Manor.

Charlotte se hundió en una reverencia; el corazón le golpeaba en el pecho.

—Su Gracia —respondió, obligándose a mantener la voz firme—. Gracias por vuestra hospitalidad.

Al incorporarse, se encontró con la intensidad de sus ojos. La sostuvo, sorprendida por una fuerza que no había previsto. Cuadró los hombros y alzó la barbilla.

No se encogería bajo aquel escrutinio.

—¿Habéis tenido un viaje confortable? —preguntó él, con una sonrisa apenas insinuada en las comisuras.

—Bastante —respondió ella con frialdad, aunque notó cómo se le calentaban las mejillas bajo su mirada—. Vuestros caminos están muy bien cuidados.

Él arqueó una ceja, evidentemente divertido.

—Un elogio de lo más elevado, mi lady —dijo, con tono suave—. Quizá me permitáis mostraros algo más de la casa, a menos que el viaje os haya fatigado.

Charlotte dudó. Aquello era una oportunidad: observar, aprender, descubrir. Apartó el impulso de retirarse.

—Me complacería, Su Gracia —dijo, midiendo cada palabra.

Mientras recorrían la mansión, a Charlotte le resultaba imposible no maravillarse ante el lujo. Espejos enmarcados en dorado devolvían el resplandor cálido de las arañas, y obras de arte de valor incalculable adornaban las paredes. Grant señalaba cada detalle con una mezcla de orgullo y genuino cuidado que la dejaba inestable.

—El ala norte alberga nuestros mejores aposentos de invitados —comentó con una calidez burlona—. Confío en que os satisfagan, lady Charlotte. No queríamos que echarais de menos vuestro hogar.

Una sonrisa amenazó con traicionarla; respondió con una diversión apenas contenida.

—Os aseguro, Su Gracia, que soy perfectamente capaz de adaptarme a nuevos entornos.

Aun cuando se parezcan a una jaula dorada.

Se detuvieron ante un tapiz elaborado. Representaba una escena pastoral, bordada con minuciosidad y suavemente gastada por el tiempo. La expresión del duque se ablandó al contemplarlo.

—Esta pieza ha estado en mi familia durante generaciones —dijo en voz baja—. Mi bisabuelo la encargó para conmemorar una cosecha que salvó Ravenscroft en un invierno particularmente duro.

Charlotte estudió su perfil y vio un rastro de nostalgia en su mirada.

—Un recordatorio de vuestras responsabilidades —aventuró.

Él se giró hacia ella; un destello de sorpresa le cruzó los ojos.

—Sí —murmuró—. Cada hilo da testimonio de vidas a nuestro cuidado... de la herencia que sostengo.

Le dedicó una sonrisa torcida.

—Aunque confieso que algunos días el peso se siente más pesado que otros.

Charlotte asintió, sorprendida por la comprensión que le provocaron aquellas palabras.

—Lo imagino, Su Gracia.

Continuaron caminando. Las anécdotas de Grant pintaban el retrato de un hombre que, aun poseyendo riqueza y poder, cargaba con un sentido del deber más profundo de lo que ella había imaginado. Su resolución de verlo solo como un aristócrata implacable empezó a flaquear.

Llegaron a un gran salón adornado con guirnaldas de acebo y abeto y ornamentos que centelleaban. En una esquina, un enorme árbol se alzaba espléndido, con velas titilantes y bolas de cristal.

—Oh... —se le escapó a Charlotte, olvidándose de sí misma ante la magia de la escena—. Es... encantador.

La expresión del duque se suavizó.

—Me alegra que lo penséis. El personal se ha superado este año.

Charlotte notó el rubor subirle al rostro. Dio un paso atrás y se obligó a recordar su propósito.

Había venido para corregir una injusticia, no para dejarse deslumbrar por adornos.

—Es muy... festivo —consiguió decir, con frialdad estudiada.

Él ladeó la cabeza, como intentando descifrar aquel cambio de tono.

—Y, sin embargo, no parecéis deslumbrada —observó.

Charlotte sostuvo su mirada, aunque el corazón la traicionaba con un galope implacable.

No cambia nada, se dijo con firmeza. *Sigue siendo el enemigo, por cautivadora que sea su casa... o sus ojos.*

Un lacayo entró e hizo una reverencia.

—Su Gracia, el té está servido en el salón azul.

—Gracias, Simmons —respondió el duque.

Luego le indicó la salida a Charlotte.

—¿Vamos?

Se acomodaron en una estancia elegantemente dispuesta, y Grant sirvió el té con una soltura sorprendente. Charlotte observó cada movimiento; cada gesto hablaba de una vida empapada en refinamiento y confianza.

—¿Qué ocupaciones llenan vuestro tiempo cuando no honráis los dominios ducales con vuestra presencia? —preguntó él con ligereza, aunque en su mirada había una intensidad escrutadora.

Charlotte tomó un sorbo, buscando firmeza.

—Me gusta leer, Su Gracia. Y bordar —respondió, manteniendo el tono neutral.

Él se inclinó hacia delante, con una chispa burlona.

—Seguro que una dama de vuestra posición tiene intereses más variados. ¿Tocáis el pianoforte? ¿O quizá os entretenéis con acuarelas?

Charlotte vaciló; aquella atención la desarmaba.

—A veces dibujo —admitió, a regañadientes—. Paisajes, sobre todo.

Una sonrisa auténtica se extendió por el rostro de Grant.

—Me encantaría ver vuestro trabajo. Los jardines de aquí son... inspiradores.

A Charlotte le aleteó el estómago, pero se obligó a permanecer fría.

—Es muy amable por vuestra parte, Su Gracia —dijo, procurando sonar deliberadamente distante—. Pero no querría importunaros con intentos de aficionada.

Él entornó un poco los ojos, como si adivinara su retirada. Entonces la expresión se le aclaró; un brillo travieso le danzó en la mirada.

—Decidme, lady Charlotte... ¿jugáis al ajedrez?

Ella parpadeó, sorprendida.

—Yo... sí.

—Excelente —dijo él, levantándose y señalando un tablero cercano—. ¿Me complacéis? El ajedrez es una forma estupenda de conocer de verdad al adversario.

El orgullo le prendió a Charlotte en el pecho. Aceptó. Mientras estudiaba las piezas, se recordó que aquello no era más que un juego, una distracción inofensiva.

Y, sin embargo, la manera en que él la observaba al otro lado del tablero le deslizó un estremecimiento por la espalda.

Movió su alfil con precisión; alcanzó a ver una sonrisa sutil en los labios de él.

—Interesante elección —murmuró.

Charlotte se enderezó, decidida a no permitir que la afectara.

—A veces las piezas más discretas son las que guardan mayor poder, Su Gracia.

Él arqueó una ceja; la voz se le hizo más baja.

—En efecto. Como las personas, ¿no os parece?

Aquellas palabras la golpearon con una lucidez inesperada. Tal vez había en él más de lo que ella quería concederle.

Apartó la idea con rapidez.

El juego avanzó; cada uno de sus movimientos reflejaba su naturaleza estratégica, inquisitiva. Su caballo barría el tablero con una gracia calculada, no muy distinta de la manera en que había guiado la conversación durante el té.

—Sois un estratega notable, Su Gracia —observó ella, capturando uno de sus peones.

Él alzó la vista; su mirada era cálida e intensa.

—Y vos también, lady Charlotte. Me habéis sorprendido más de una vez.

A Charlotte le subió el rubor por el cuello. Se centró con obstinación en el tablero.

—No sé de qué habláis —respondió, intentando sonar despreocupada.

—¿No? —Se inclinó un poco; su voz rozó el susurro—. Tenéis una mente aguda y un espíritu competitivo. Es... refrescante.

El corazón de Charlotte se estremeció ante aquellas palabras. Se obligó a recordarse que no eran más que cortesías.

Pero, cuando el juego se acercó al final, sus intenciones cuidadosamente urdidas se le antojaron, de pronto, frágiles.

Más tarde, en su habitación, Charlotte caminaba de un lado a otro; los encuentros del día le resonaban en la mente. Estaba allí por su familia, para hacer que el duque respondiera de lo que había hecho.

Y, aun así, cada intercambio la dejaba cuestionándose todo cuanto había creído.

El pecho se le cerró al pensar en su madre y en todo lo que habían sufrido. En todo lo que aún sufrían. Su madre le había pedido que no lo hiciera. Que no fuera a ver al duque.

Pero Charlotte no había querido oír hablar de ello.

¿Se había equivocado?

Miró la oscuridad más allá de la ventana y murmuró:

—¿Qué estoy haciendo?

Pero, fuese cual fuese la respuesta, una cosa estaba clara: Grant Tilbury, duque de Ravenscroft, era un adversario mucho más complejo de lo que ella había anticipado.

Y, por mucho que lo intentara, no podía ignorar el estremecimiento silencioso que acompañaba cada revelación.

CAPÍTULO 5



El sol se derramaba sobre la grava espolvoreada de nieve cuando Charlotte miró por la ventana del salón. Contra todo pronóstico, había dormido bien la noche anterior; incluso había disfrutado de un abundante desayuno en la cama antes de vestirse y reunirse con el duque.

—¿Cómo pasaremos el día, lady Charlotte? —preguntó Grant—. Tal vez os apetezca un paseo. El tiempo es benigno.

La gentileza de su expresión desmentía la aguda inteligencia de su mirada.

Charlotte vaciló, aunque solo un latido. Sus dedos enguantados rozaron los de él cuando le ofreció el brazo y ella lo tomó; fue un contacto breve que le dejó la piel cosquilleando. Cuando salieron, una nubecilla de aliento se formó en el aire gélido, y ella se irguió, recordándose que no debía impresionarse.

—¿Confío en que hayáis descansado bien? —indagó él, con la voz grave teñida de una calidez inesperada.

—Desde luego, Su Gracia —respondió con serenidad, ocultando su conflicto interior tras una sonrisa ensayada—. Y debo admitir que estoy deseando conocer vuestros terrenos.

Los ojos de Grant brillaron; el desafío era evidente.

—Entonces, quizá un paseo a caballo. Me sentiría honrado de enseñaros la finca... y de poner a prueba vuestras dotes ecuestres, si os dignáis a complacerme.

El espíritu competitivo de Charlotte prendió, pese a sus reservas.

—Me encantaría, Su Gracia. Aunque os advierto que puedo resultar una jinete más hábil de lo que esperáis.

Esbozó una sonrisa ladeada.

—Incluso con vestido de día y capa.

Él ladeó la cabeza, con una admiración visible; una media sonrisa le curvó los labios.

—No esperaré menos.

De camino a las cuadras, la mente de Charlotte se precipitó, tironeada entre su propósito —cumplir lo que había venido a hacer— y la presencia seductora del hombre que, deliberadamente o no, había llevado a su familia a la ruina. Y, sin embargo, allí estaba él, sin rastro de la frialdad que le atribuían los rumores: solo una calidez capaz de desbaratar su resolución.

En las cuadras, un mozo les presentó dos caballos esbeltos. Charlotte se acercó a su montura, una yegua alazana de temperamento vivo, y le acarició el hocico con soltura experta. Pero cuando se dispuso a subir al estribo, Grant dio un paso al frente.

—Permitidme —ofreció, con las manos suspendidas cerca de su cintura.

El corazón de Charlotte martilleó; un rubor le subió a las mejillas sin que pudiera evitarlo.

—Os aseguro, Su Gracia, que soy perfectamente capaz.

—De eso no me cabe duda —murmuró él—. Pero sería descortés por mi parte descuidar mis obligaciones de anfitrión.

Tras una vacilación mínima, ella asintió, y las manos de él se cerraron en torno a su cintura. Incluso a través de las capas de telas, sintió el calor de aquel contacto; la facilidad con la que la alzó hasta la silla le provocó un estremecimiento extraño.

Al acomodarse, sus miradas se encontraron. Por un instante, Charlotte creyó vislumbrar algo vulnerable, una suavidad en desacuerdo con su reputación. Pero, tan deprisa como apareció, la compostura habitual de él regresó.

—¿Vamos? —preguntó, montando su propio caballo con gracia práctica.

Charlotte asintió; los dedos se le tensaron en las riendas cuando partieron a un trote vivo. La nieve espolvoreaba el paisaje, y el

camino era una cinta de blanco impoluto que serpenteaba por los terrenos.

Grant se inclinó hacia ella al aproximarse a un punto de partida marcado en la nieve.

—Confío en que estéis preparada para perder con elegancia, lady Charlotte.

Los ojos de ella chispearon, desafiantes.

—No estaría tan seguro de eso, Su Gracia. Monto a caballo desde que era pequeña.

Azuzaron a sus monturas; los cascos golpearon la nieve compactada. Charlotte se inclinó sobre el cuello de la yegua, sintiendo la fuerza bajo ella. Cada zancada la atravesaba como una descarga de placer mientras ganaban velocidad. Grant cabalgaba a su lado, alto y seguro, en perfecta sintonía con su corcel: la viva encarnación de ese poder que ella se había empeñado en odiar.

—Montáis bien —gritó él, con un matiz de admiración—. Pero... ¿podéis seguirme el ritmo?

—Quizá deberíais ser vos quien se preocupe por eso —replicó ella, empujando a la yegua hacia delante.

Una carcajada le brotó sin permiso; igualó su paso, y una libertad extraña y exaltante la invadió con cada zancada.

Al rodear una curva, él la miró de reojo.

—¿Os cuesta concentraros, lady Charlotte?

—Solo admiro el paisaje —disparó ella, con una viveza que no lograba contener—. Algunas vistas resultan más... distractoras que otras.

Las palabras se le escaparon antes de poder detenerlas y el rubor le trepó por las mejillas. ¿Ella, Charlotte Ashbourne, coqueteando con el duque de Ravenscroft? Debería avergonzarse, pero en aquel momento estaba demasiado ocupada disfrutando. Además, ¿acaso no era su objetivo hacer que él se enamorara? Coquetear solo podía ayudar.

La risa rica de Grant resonó, y un escalofrío le recorrió la espalda.

—Me halagáis, mi lady, aunque debo advertiros que quizá os cueste la carrera.

Con un último estallido de velocidad, el caballo de él se adelantó y cruzó la línea un instante antes que ella. Cuando redujeron, Charlotte no pudo contener una carcajada, atrapada entre la euforia y la frustración.

—Bien montado, lady Charlotte —dijo Grant, desmontando; la mirada le brillaba con triunfo—. Aunque me atrevería a decir que vuestro espíritu competitivo os ha pasado factura.

Charlotte descendió con gracia; las mejillas le ardían por el aire helado y la excitación de la carrera.

—Tal vez —respondió, con una chispa traviesa en los ojos—. O tal vez os he concedido la victoria... para no herir vuestro frágil ego.

Él arqueó una ceja, divertido, y se acercó.

—¿Frágil ego? Os aseguro, mi lady, que no hay nada frágil en mí.

A Charlotte se le saltó el pulso; una calidez le floreció sin permiso. Forzó una risa ligera.

—¿Ah, sí? Entonces supongo que no os opondréis a un desafío distinto.

—Guiadme, lady Charlotte —respondió él, con la voz baja y rica—. Encuentro vuestros desafíos de lo más... estimulantes.

Caminaron brazo con brazo hacia un claro; los sentidos de Charlotte se aguzaron con su cercanía. La nieve crujía bajo las botas y, al rodear un grupo de árboles, vio una hilera de dianas recortadas contra un telón de nieve.

—Tiro con arco —anunció Grant, con un destello en los ojos—. Una elección excelente, mi lady. Aunque os advierto que soy bastante diestro.

—Yo también —replicó ella, con la mirada firme—. ¿Vemos quién tiene mejor puntería?

Grant le tendió un arco. Charlotte encajó la flecha; los dedos se mantuvieron firmes pese al galope del corazón. Apuntó, tensó los músculos y soltó. La flecha se clavó en la diana, apenas un palmo por debajo del centro.

—Impresionante —murmuró él, con una admiración evidente.

Charlotte sintió una satisfacción extraña ante aquel elogio, un calor que contradecía sus intenciones vigilantes. Grant tomó su

turno; su flecha aterrizó a escasos centímetros de la de ella. Charlotte alzó la vista y le dedicó una sonrisa desafiante.

—Parece que estamos igualados, Su Gracia.

Continuaron, disparo tras disparo, entre una rivalidad juguetona. Con cada risa y cada mirada, la resolución de Charlotte se deslizaba un poco más.

—Vuestra postura es excelente —observó él, acercándose—. Aunque, si me permitís, sugeriría un ajuste.

Antes de que pudiera responder, se colocó detrás de ella; sus manos guiaron su codo y su hombro. El contacto le envió un estremecimiento por la columna cuando él se inclinó, y su aliento cálido rozó la oreja de Charlotte.

—Así —murmuró, con una voz baja, íntima.

El pulso de ella se disparó, pero se obligó a soltar la flecha. La vio clavarle en el blanco. Se dio la vuelta y lo encontró mirándola; la atención detenida en ella.

—Gracias, Su Gracia —consiguió decir, casi en un susurro.

Él asintió; su mirada era ilegible.

Regresaron a la mansión cuando la luz comenzó a apagarse; el día se deslizó hacia un crepúsculo invernal que envolvía la finca en un resplandor etéreo. Ya dentro, se vieron atraídos por el abrazo cálido del gran salón, donde el fuego crepitaba con una invitación tentadora.

—¿Una partida de ajedrez? —propuso Grant, señalando el juego pulido sobre una mesa de caoba—. ¿O preferís cartas?

—Me encantaría acompañaros en una partida de ajedrez, Su Gracia.

Cuando se acomodaron, el fuego dibujó destellos sobre las facciones de Grant, suavizándole la expresión e iluminándole la inteligencia en los ojos.

—Las damas primero —dijo, con un matiz de reto en la voz.

Charlotte movió un peón; cada estrategia era calculada, aunque teñida por su propósito secreto. Conforme intercambiaban jugadas, se descubrió atraída no solo por el tablero, sino por su mirada, por la manera en que fruncía el ceño al pensar o curvaba la boca cuando ella lo sorprendía.

—Estáis resultando una adversaria formidable, lady Charlotte — dijo, sosteniendo el caballo un momento más de la cuenta.

Ella sonrió; el rubor le trepó por las mejillas.

—Suenas sorprendido, Su Gracia. ¿Esperabais menos?

Él soltó una risa baja, su voz como terciopelo.

—Al contrario. He empezado a esperar... grandes cosas de vos.

Sus miradas se encontraron y, por un instante, el mundo se redujo a ellos dos. El corazón de Charlotte retumbó; su resolución vaciló cuando una calidez desconocida le subió por dentro. ¿Cómo podía aquel hombre —ese canalla al que se suponía que debía despreciar— hacerla sentir tan viva?

Él hizo su movimiento y, sin querer, volcó un peón. Los dos se inclinaron para recolocarlos; sus manos se rozaron. El chispazo entre ellos fue innegable, el aire se espesó con tensión... hasta que ambos rieron y el hechizo se rompió.

—Al parecer, ninguno de los dos es inmune a un poco de torpeza —comentó Grant, con los ojos brillantes.

La risa de Charlotte se apagó. Luchó por recuperar el control de sus emociones desbocadas. La situación de su familia, la razón por la que estaba allí, se le vino encima de golpe.

—¿Ocurre algo? —preguntó él; su mirada era sincera.

Charlotte se irguió, forzando una sonrisa cortés.

—Todo está bien, Su Gracia. ¿Continuamos?

Al volver a centrarse en el tablero, se juró en silencio que no se dejaría arrastrar por conexiones fugaces ni por sonrisas encantadoras. El futuro de su familia dependía de su firmeza... y, sin embargo, cada mirada de Grant hacía esa firmeza más difícil de sostener.

Tras tres partidas de ajedrez, se quedaron junto al gran ventanal; los copos caían con pereza del cielo. La presencia de Grant a su lado era a la vez consuelo y recordatorio de su propósito.

—Es sobrecogedor, ¿no os parece? —murmuró él, con una suavidad rara en la voz.

Charlotte asintió; sus pensamientos eran un tumulto de emociones que apenas comprendía.

Grant se movió apenas; su brazo rozó el de ella.

—Momentos así hacen que uno reflexione sobre las decisiones... sobre las responsabilidades.

Charlotte se volvió y lo encontró observándola, con una profundidad en la mirada que la intrigó y la inquietó.

—¿Y en qué reflexionáis vos, Su Gracia? —preguntó, con un hilo de vulnerabilidad.

Él sostuvo su mirada; la expresión se le volvió pensativa.

—En el peso de las decisiones... y en los legados que dejan.

Sus palabras tocaron una cuerda, removiéndole sentimientos que ella se había empeñado en enterrar.

—Se hace tarde —dijo, y el esfuerzo de su conflicto interno se le coló en el tono—. Quizá sea hora de retirarse.

La mirada de Grant se demoró en su rostro, como si buscara respuestas.

—Por supuesto, lady Charlotte. Permitidme que os acompañe a vuestros aposentos.

Mientras caminaban por los corredores opulentos, la mente de Charlotte corría sin tregua. Su propósito era claro, su resolución firme. Pero cuando él le deseó buenas noches con una sonrisa amable, no pudo dejar de preguntarse si el precio de su venganza no sería más alto de lo que había previsto.

Cuando cerró la puerta de su habitación, los dedos le temblaban al llevarse una mano al pecho; el corazón era una tempestad de emociones que ya no podía ignorar. Se apoyó en la madera, mirando su reflejo en el espejo pulido al otro lado.

—Qué necia soy —susurró, con la voz ahogada por la confusión.

Cruzó hasta el tocador y se retiró las horquillas; cada tintineo era un recordatorio de las cargas que soportaba. Se obligó a sostenerse la mirada en el espejo, buscando a la mujer decidida que había llegado allí.

—No puedo flaquear ahora —se dijo, aunque en el reflejo asomaba la incertidumbre—. Depende demasiado de ello.

Y, aun así, mientras pronunciaba las palabras, el corazón le susurró una pregunta peligrosa:

¿Valía la pena su venganza... al precio de su propio corazón?

CAPÍTULO 6



La puerta de la biblioteca se abrió con un leve chirrido y Charlotte entró, con las zapatillas de raso silenciosas sobre la alfombra mullida. La luz cálida del hogar parpadeaba con suavidad, proyectando sombras que danzaban sobre los lomos de incontables volúmenes encuadernados en cuero que revestían las estanterías.

Al otro lado de la estancia, Ravenscroft estaba sentado con un libro en la mano, la cabeza ligeramente inclinada mientras leía. Alzó la vista cuando ella cruzó el umbral; la miró con una frialdad imperturbable.

—Buenas noches, Su Gracia —saludó Charlotte en voz baja, haciendo una pequeña reverencia antes de avanzar.

La boca de Grant se curvó apenas, como si estuviera a punto de sonreír.

—Por favor, acompañadme —dijo, indicando con un gesto la silla frente a la suya.

Charlotte se sentó; su mirada cayó sobre el libro que él sostenía.

—¿Heródoto? No es precisamente la elección más ligera para leer por la noche.

Grant arqueó una ceja.

—¿Conocéis a Heródoto?

Charlotte sonrió, con un destello de travesura.

—Lo conozco. Aunque, si he de confesarlo, encuentro a Tucídides bastante más... estimulante.

Grant se inclinó hacia delante; la curiosidad se le hizo evidente.

—¿Y por qué razón?

Charlotte pasó los dedos por el brazo del sillón, pensativa.

—Heródoto nos ofrece una mirada amplia, pero Tucídides se adentra en lo que mueve a las personas: sus motivaciones y sus deseos. Tiene una manera de captar la fragilidad y la ambición de la humanidad.

—Extraordinario —murmuró Grant; la voz se le volvió baja—. No es frecuente encontrarse con alguien dispuesto a hablar de algo que no sea el murmullo habitual de la alta sociedad.

Charlotte sostuvo su mirada y sintió que una calidez le florecía por dentro ante aquellas palabras.

—Os sorprendería, Su Gracia. Hay muchas mujeres con profundidades no reconocidas... aunque rara vez se nos concede la oportunidad de mostrarlas.

La conversación empezó a fluir con una naturalidad inesperada: literatura, filosofía y las lecciones que la historia podía ofrecer. Charlotte se descubrió relajándose, incluso disfrutando de su compañía. El exterior rígido por el que era conocido parecía suavizarse a medida que hablaban; su mirada se volvía más cálida, su atención, por completo, clavada en ella.

—Debo decir, lady Charlotte —observó con aire reflexivo—, que me habéis dado motivos para volver a Tucídides con ojos nuevos.

—Entonces espero escuchar vuestras impresiones —respondió ella con una sonrisa.

Mientras el fuego proyectaba sombras temblorosas, Charlotte reparó en la hora tardía... y, aun así, no deseaba marcharse. La estancia que al principio le había parecido intimidante empezaba a sentirse casi íntima. Notó cómo una conexión se trazaba entre ambos: un sentimiento que no había esperado ni deseado, pero que le resultaba difícil ignorar.

Grant pareció percibir también aquel cambio en el aire. Se aclaró la garganta y dejó que regresara su compostura habitual, el rostro volviendo a convertirse en una máscara imperturbable.

—Decidme, lady Charlotte —preguntó—, ¿por qué aceptasteis mi... abrupta invitación?

Charlotte hizo una pausa; los dedos se le asentaron sobre los pliegues de la falda.

—Haré lo necesario para asegurar el futuro de mi familia, Su Gracia. La preocupación que se ha abatido sobre mi madre y mi hermano es más de lo que merecen.

—¿Y vos? —preguntó él, casi en un susurro—. ¿Creéis que vos merecéis esto?

Una sonrisa tenue, melancólica, rozó los labios de Charlotte.

—Quizá no, pero el destino rara vez es justo, ¿no os parece?

Sus palabras quedaron suspendidas, trenzadas de determinación y tristeza.

—No descansaré hasta haber devuelto lo que se perdió —continuó; la mirada le ardía con una resolución feroz—. No se trata solo de riqueza o de posición, Su Gracia. Se trata de honor.

Grant la estudió con intensidad, los codos apoyados en las rodillas; el fuego le marcaba sombras en el rostro.

—Una empresa noble —murmuró, con una calidez inesperada—. Pero, sin duda, una carga así puede resultar pesada, a veces.

Charlotte inclinó la cabeza; la mirada se le fue a algún punto lejano.

—A veces, sí. Pero encuentro fuerza en mis recuerdos.

—¿Recuerdos? —preguntó él, intrigado—. Contadme.

Charlotte soltó una risa ligera, musical.

—Oh, hubo una vez, en una fiesta en un jardín... —empezó, y en los ojos le brilló el recuerdo.

Y le relató la historia de un ponche desdichado, abanicos extraviados y viudas parlanchinas entregadas al cotilleo. Sus ojos brillaban al recordarlo; las manos se le movían con viveza, describiendo el caos y las miradas escandalizadas.

Grant soltó una carcajada, sorprendiéndose incluso a sí mismo. No lograba recordar la última vez que había reído con tanta libertad. La alegría de Charlotte era contagiosa y, cuando terminó, se dio cuenta de que la estaba observando... cautivado por su calidez y su humor.

—Tenéis un don para contar historias —dijo él; la voz se le volvió suave, casi ronca.

Se aclaró la garganta.

—Debo admitir que encuentro vuestra resiliencia... admirable.

Charlotte bajó la vista; un rubor tenue le tiñó las mejillas.

—Gracias, Su Gracia. He aprendido que la risa puede ser un bálsamo, incluso para las heridas más profundas.

Mientras hablaba, la mirada de Grant se demoró en ella: en la línea delicada de su mandíbula, en la curva elegante de su cuello. Sintió que resbalaba, que ese control cuidadosamente mantenido empezaba a deshilacharse al verla, atraído por ella de una forma que no había sentido en años.

Terreno peligroso.

No había pretendido que aquello ocurriera; no había previsto que pudiera encontrarla encantadora, inteligente y completamente cautivadora. Sin embargo, allí estaba, arrancándole pequeñas piezas a las defensas que tanto le había costado levantar.

La voz de Charlotte se suavizó; en su mirada asomó un destello de vulnerabilidad.

—Detrás de mi determinación hay... incertidumbre —admitió—. Me asusta el peso de todo lo que se espera, no solo de mí, sino de mi familia. A veces el camino parece tan... traicionero.

—¿Qué es lo que teméis? —preguntó él, inclinándose hacia ella; su expresión era abierta, genuina.

—El fracaso —susurró Charlotte; la voz se le quebró—. A pesar de todo cuanto haga, temo no ser capaz de restaurar lo que se perdió.

Aquella honestidad desnuda tocó una cuerda en él; era un espejo de sus propias luchas.

—Lady Charlotte —comenzó con suavidad—, el fracaso no es el final; tampoco se define por un resultado. Se define por el valor de seguir adelante, incluso cuando el camino es incierto.

Charlotte alzó la vista; los ojos se le abrieron con gratitud, y a Grant se le retorció el corazón.

—Gracias, Su Gracia. Vuestras palabras significan más de lo que podéis imaginar.

Grant asintió, incapaz de hablar, desarmado por aquella sinceridad. Comprendió, en ese instante, que deseaba —por encima

de todo— verla triunfar, verla sobreponerse a las pruebas que la vida le había impuesto.

Un silencio cómodo se asentó entre ambos, roto solo por el crepitar suave del fuego. Él estudió su perfil; la luz del hogar bañaba sus rasgos en un oro tenue. Era un enigma: una mujer que había irrumpido en su vida en el momento más inesperado, arrastrándolo hacia una conexión que no había buscado ni querido, pero que ya no podía ignorar.

De pronto, Grant se levantó.

—Mi lady —dijo, con una calidez baja en la voz—, si me permitís... hay un libro que creo que podría interesaros.

Cruzó hasta las estanterías y escogió un volumen encuadernado en cuero. Los dedos se le demoraron un instante en el lomo antes de tenderse.

Charlotte alzó la vista; la curiosidad se le dibujó en el rostro.

—¿Ah, sí?

—Es un tratado sobre administración de fincas y recuperación financiera —explicó—. Tal vez no sea el tema más apasionante, pero a mí me resultó invaluable cuando...

Dudó, reacio a revelar demasiado.

—...cuando me enfrenté a mis propios desafíos.

Los dedos de Charlotte rozaron los de él al aceptar el libro, y un latigazo le recorrió el cuerpo. Ella lo abrió con cuidado, con una expresión de interés genuino.

—Gracias, Su Gracia. Esto es... increíblemente considerado.

Grant sintió que una calidez extraña le llenaba el pecho; era una sensación ajena y, sin embargo, irresistible.

—Es un placer —respondió, y sus palabras delataron una sinceridad que no había pretendido mostrar—. Me descubro... interesado en vuestro éxito, lady Charlotte. Quizá más de lo que debería.

La admisión quedó entre ellos, densa de significado. Charlotte lo miró; un destello de sorpresa —y quizá algo más— cruzó su rostro.

—Gracias —murmuró—. Vuestro apoyo significa para mí más de lo que puedo expresar.

Sintiendo de pronto que la intensidad del momento lo desbordaba, Grant se puso en pie.

—Se hace tarde —dijo, con la voz áspera de emoción no dicha—. Quizá debemos retirarnos.

Charlotte se levantó también; las faldas susurraron al moverse.

Alzó los ojos hacia él, con una calidez tranquila en la mirada.

—Gracias por esta noche, Su Gracia. Siento... siento que os comprendo mejor.

Grant inclinó la cabeza.

—Y yo a vos. Ha sido una velada de lo más... esclarecedora.

Charlotte sonrió; el rubor le subió a las mejillas.

—Buenas noches, Su Gracia.

Cuando ella abandonó la biblioteca y la puerta se cerró con suavidad, Grant se dejó caer en el sillón, clavando la vista en el fuego que parpadeaba. El libro que había estado leyendo yacía olvidado en una mesita.

Su mente se llenó de imágenes de Charlotte: su sonrisa, su risa, la calidez de su mirada. No se parecía a nadie que hubiera conocido, y esa certeza lo dejó inquieto... incómodamente inquieto.

—¿Qué estoy haciendo? —murmuró, pasándose una mano por el cabello oscuro.

No había esperado aquello; no había planeado que ella se convirtiera en algo más que una conocida pasajera.

Y, sin embargo, allí estaba: atraído por ella de formas que no podía explicar ni negar.

—Esto no cambia nada —se dijo con firmeza, sin apartar los ojos de las llamas—. Mi deber sigue siendo lo primero.

Pero incluso mientras lo pronunciaba, supo que las palabras sonaban huecas. El recuerdo de su sonrisa, tan abierta, tan verdadera, le retorció algo en el pecho. Hacía años que nadie lo miraba así: sin expectativa, sin exigencia.

Con un suspiro pesado, se levantó y empezó a pasearse por la biblioteca. No podía permitirse distracciones. Las finanzas de la finca eran precarias; había trabajado demasiado para dejarse arrastrar ahora.

Se detuvo junto a la ventana y contempló los jardines bañados por la luna. Los parterres que Charlotte había admirado antes brillaban plateados bajo la luz pálida, tan prístinos e intocados como ella.

Negó con la cabeza, apartando el pensamiento.

—Esto es una locura —murmuró.

Apenas la conocía y, después de todo, era hija de un vizconde, con el nombre de su familia hecho trizas. Considerarlo siquiera...

Y, aun así, su determinación, su fortaleza, su resiliencia silenciosa lo habían conmovido. Su inteligencia, su humor, su gracia... cualidades imposibles de ignorar.

Regresó al sillón y se quedó mirando las brasas encendidas.

Durante años se había enorgullecido de su lógica, de su distancia, de la manera en que tomaba decisiones con voluntad de hierro. Pero con Charlotte se sentía a la deriva, atrapado en una corriente que no podía controlar... ni resistir.

Cuando el reloj dio las doce, Grant permanecía solo, contemplando un futuro que jamás se había atrevido a imaginar.

CAPÍTULO 7



La luz de la tarde proyectaba sombras largas sobre el salón cuando lady Charlotte vaciló en el umbral. Se había excusado para echar una siesta tras el almuerzo, pero le había sido imposible conciliar el sueño. Su mirada se deslizó hasta donde Grant estaba sentado frente al hogar; su figura alta se recortaba contra las llamas doradas. Tenía los ojos, reflexivos y distantes, fijos en el fuego, como si buscara respuestas en las brasas.

El pulso de Charlotte se aceleró.

Había venido con un propósito: desentrañar la verdad de aquel hombre, encontrar una debilidad que pudiera explotar. Y, sin embargo, al verlo así, en un momento tan desarmado, su determinación se le antojó frágil.

En silencio, avanzó; las faldas susurraron apenas cuando se sentó en el sillón frente a él.

Al notar su presencia, Grant levantó la vista. La mirada se le afiló —penetrante y, aun así, ilegible— al fijarse en ella. La luz del hogar atrapó el cabello dorado de Charlotte, dibujándole un halo que suavizaba sus facciones. Ella sostuvo la mirada con firmeza, decidida a no permitir que él adivinara el torbellino que le latía por dentro.

—Vuestra Gracia —dijo, con la voz serena pese al martilleo del corazón—. Espero no estar interrumpiendo.

La expresión de Grant permaneció inescrutable.

—Lady Charlotte —respondió, en un tono llano—. En absoluto. ¿No estabais descansando?

A Charlotte se le precipitaron los pensamientos. Buscó las palabras que había ensayado, el plan que había urdido... pero, al contemplarlo, todo le pareció insuficiente. El peso de la desgracia de su familia y la promesa de enderezarla se le asentó sobre los hombros con más fuerza que nunca.

—Pensé que podríamos... hablar —comenzó con cautela—. Me resulta imposible descansar y anhele una conversación más... sustanciosa.

Un destello de sorpresa cruzó el rostro de Grant antes de que volviera a ocultarlo.

—¿Ah, sí? —alzó una ceja, con una diversión leve en el tono—. ¿Y qué clase de conversación sustanciosa teníais en mente, mi lady?

El corazón de Charlotte golpeó con fuerza.

Aquella era su oportunidad: aprender sobre su pasado, sus motivaciones. Podía interpretar el papel que él esperaba de ella, el de una mujer curiosa que desea un vistazo a su mundo. Sin embargo, al mirarlo, su curiosidad era mucho más auténtica de lo que había previsto. El cansancio grabado alrededor de sus ojos, la tensión en sus hombros... todo insinuaba luchas cuidadosamente escondidas.

—Debo confesaros, Vuestra Gracia —empezó, con voz suave—, que sois un misterio. Nos movemos en los mismos círculos, o al menos lo hacíamos, y aun así os manteníais distante. Siempre me he preguntado por qué.

Los labios de Grant se curvaron apenas, como un amago de sonrisa.

—¿Un misterio? Os aseguro que hay menos en mí de lo que imagináis.

—Lo dudo —se le escapó a ella antes de moderarse—. Un hombre con vuestra reputación y vuestra posición... seguro que guarda historias dignas de ser contadas.

Pasó un instante, cargado de tensión. Charlotte se preparó para que él la despachara, para que se refugiara tras esa fachada fría que manejaba con tanta facilidad. Pero, cuando habló, su voz arrastraba un filo de cansancio que le tiró del corazón.

—¿Historias, mi lady? Tal vez. Pero dudo que sean historias que vos queráis oír.

Algo en Charlotte se ablandó. Había acudido en busca de munición; sin embargo, en aquel momento se descubrió genuinamente interesada, traicionada por su propio corazón.

—Probad —murmuró, inclinándose un poco—. Quizá os sorprendáis.

Durante un instante, él la miró de verdad, como sopesando una decisión. Hizo girar el licor ambarino en su copa; la luz del hogar le doraba las facciones fuertes.

—Muy bien, lady Charlotte —dijo, con un músculo palpitándole en la mandíbula—. Decidme entonces: ¿qué os pareció el... animado espectáculo de lady Valseford durante la cuadrilla en el baile de los Fitzwilliam?

Charlotte percibió la prueba en aquella pregunta, un desafío a que ella igualara su tono liviano. Sonrió.

—Fue... memorable. Quizá más exuberante de lo que cabría esperar en una dama de su edad y posición.

A Grant se le estremeció la boca con una diversión tenue.

—En efecto. Podría decirse lo mismo de más de un entretenimiento aquella noche.

Sintiendo una apertura, Charlotte se inclinó un poco más; la mirada se le volvió inquisitiva.

—Perdonadme, Vuestra Gracia, si me excedo, pero sospecho que hay asuntos más pesados en vuestra mente que los bailes de lady Valseford.

Esperó, con el corazón desbocado, mientras la expresión de él cambiaba. La sorpresa se asomó brevemente antes de que recuperara su compostura. ¿Había ido demasiado lejos? Pero entonces inclinó la cabeza, casi en concesión.

—Sois tenaz, lady Charlotte —dijo; el tono era suave, tocado por algo cercano a la admiración—. Más de lo que muchos esperarían.

Aquellas palabras le despertaron un orgullo extraño. Ella sostuvo su mirada.

—Quizá solo reconozco un espíritu afín cuando lo veo.

Grant la miró con una intensidad oscura. Después de un silencio largo, desvió la vista hacia el fuego. Cuando habló, su voz apenas se alzó por encima del crepitar de las llamas.

—Cuando heredé el ducado —empezó—, recibí un legado que se desmoronaba: una montaña de deudas.

El corazón de Charlotte se encogió. La caída de su propia familia desde la prosperidad, las miradas de lástima de antiguos amigos, el esfuerzo constante por aferrarse a la dignidad... conocía demasiado bien el peso de un legado roto.

—Mi padre... —el tono de Grant se ensombreció; un destello de amargura le cruzó la mirada—. Los talentos de mi padre eran mejores para agotar que para preservar. Las propiedades de Ravenscroft estaban hipotecadas, empeñadas y dilapidadas.

El parecido con la historia de los Ashbourne la golpeó y Charlotte reprimió el recuerdo del rostro avergonzado de su padre cuando les confesó la situación.

—Debió de ser... abrumador —dijo en voz baja.

Él la miró, como si le sorprendiera la sinceridad.

—Fue... un peso implacable. El título, las tierras, las personas que dependían de nosotros. Todo desmoronándose bajo un legado que yo debía sostener.

Entre ambos quedó un silencio pequeño, frágil. Charlotte se encontró inclinándose hacia delante, atraída por aquella grieta de vulnerabilidad.

—¿Cómo lo lograsteis? —preguntó, con suavidad.

Una sonrisa sin alegría le curvó los labios.

—Tomando decisiones que otros consideraron... desagradables. Implacables, quizá.

El dolor en su voz resonó en ella, despertando una oleada de comprensión que no había anticipado. Conocía la soledad de cargar con semejante responsabilidad, el aislamiento que nacía de decisiones que pocos entendían.

—A veces —murmuró—, el camino correcto no es el más popular.

Sus palabras parecieron alcanzarlo. Los ojos de Grant encontraron los de ella con una apertura nueva.

—No —susurró—. Pero puede ser el único.

El peso de aquello le presionó el pecho a Charlotte. Entre los dos se tendió un puente de entendimiento no dicho. Vio a un hombre atrapado por el deber, cargando expectativas. Y, en su mirada, por primera vez, no vio al enemigo que había imaginado, sino a alguien que, como ella, se había visto obligado a sacrificar.

Grant la observó; la expresión se le suavizó.

—El legado de Ravenscroft es... implacable —dijo, apretando más la copa—. Cada decisión es escrutada, cada error se amplifica.

A Charlotte la sorprendió una punzada de compasión. Había acudido decidida a vilipendiarlo; sin embargo, en aquel instante no lo veía como un duque despiadado, sino como un hombre aplastado por el deber.

—¿Y la finca? —lo animó con cuidado, sin comprender del todo por qué ahora ansiaba saber toda la verdad.

La mandíbula de Grant se tensó; en los ojos le brilló determinación.

—Me he visto obligado a ser implacable para salvarla. Mis arrendatarios, las tierras... he sacrificado mucho para asegurar que lo que permanezca prospere.

El corazón de Charlotte dio un vuelco. Los recuerdos le golpearon con fuerza: las deudas de su padre, la pérdida del antiguo esplendor, las medidas desesperadas que habían tomado —que seguían tomando— para sostener un resto de vida.

Asintió casi imperceptiblemente, la mirada llena de comprensión.

—Sé más de sacrificios de lo que podríais imaginar, Vuestra Gracia —dijo, en un hilo de voz.

Grant la miró; la expresión se le ablandó.

—No me cabe duda, lady Charlotte.

Charlotte vaciló, sin saber qué decir después.

—Mi padre... él... perdimos algo más que riqueza. Perdimos... nuestro lugar. Y lo perdimos a él.

La admisión quedó colgada, cruda. A sus defensas cuidadosamente levantadas se les soltó una puntada ante la simpatía de él.

—Lamento... sí, lamento el daño causado —añadió, con la voz baja.

Por un instante, Charlotte vio algo en su mirada que le hizo acelerarse el pulso: una gentileza, una comprensión que iba más allá de cualquier máscara. Grant exhaló; los hombros anchos se le relajaron, y el duque imponente fue, de pronto, un hombre que compartía su carga con una oyente dispuesta.

—Hay noches —murmuró, con la voz áspera por una emoción que ella no supo nombrar— en que el silencio de estos pasillos suena más alto que cualquier salón de baile.

Charlotte sintió una urgencia inexplicable de tenderle la mano, de tocarle los dedos y ofrecer consuelo.

—¿Y cómo lo soportáis? —susurró.

Una sonrisa tenue, amarga, le curvó los labios.

—Una elección imposible cada vez.

Ella tragó saliva, sin apartar la mirada.

—¿Y alguna vez... se vuelve más fácil?

La luz del fuego le suavizó las facciones; por fin, ella vio la vulnerabilidad bajo la máscara.

Grant desvió la vista.

—No. Pero uno aprende a llevarlo con más... gracia, quizá.

Charlotte lo estudió, el corazón desbocado. Aquel hombre al que había ido a odiar... y al que ahora entendía con una profundidad que la inquietaba.

Grant se reclinó y cruzó los tobillos.

—Me parece que asegurarnos un esposo apropiado resolvería vuestros problemas y os elevaría de nuevo a vuestro antiguo estatus —dijo, con un tono pensativo—. No puedo evitar preguntarme por qué no os habéis casado aún. Por qué os habéis relegado a los rincones sombríos de la sociedad en lugar de mostrarle a la alta sociedad lo que me habéis mostrado a mí.

Arqueó una ceja, curioso.

—Si hubierais permitido que los caballeros de la ciudad os vieran, estoy seguro de que alguno os habría querido para sí.

A Charlotte se le encendieron las mejillas y desvió la mirada al fuego. Quizá tuviera razón, pero cualquier oportunidad que hubiese tenido había quedado muy atrás. Ningún par se casaría con ella ahora: sin dote, sin fortuna, envuelta en el escándalo de su padre.

—Me temo que el pasado no puede cambiarse, Vuestra Gracia —respondió, en voz baja.

—Quizá no —concedió él.

Charlotte se levantó y alisó las faldas.

—Debo regresar a mis aposentos, Vuestra Gracia. Me siento, una vez más, necesitada de descanso.

Grant se puso en pie también; su figura proyectó una sombra larga por la estancia.

—Por supuesto, lady Charlotte. Gracias por... vuestra compañía.

En la puerta, Charlotte se detuvo y miró atrás. Sus ojos se encontraron, y ella vio algo que le hizo saltarse un latido: un atisbo de gratitud, quizá, o un reconocimiento silencioso del puente que habían construido entre ambos.

—Hasta más tarde, Vuestra Gracia —susurró.

—Desde luego, lady Charlotte. Hasta más tarde —respondió él, y su voz llenó la quietud.

Charlotte salió al corredor; el aire frío contrastaba con la calidez que le persistía en el pecho. La mente era un tumulto. Había ido dispuesta a castigar al villano que hundió a su familia y, sin embargo... ahora solo tenía más preguntas.

En su habitación, cruzó hasta la ventana y contempló los jardines espolvoreados de nieve. Su reflejo en el cristal era un recordatorio fantasmagórico de la mujer que había sido antes de que todo cambiara. Antes de empezar a ver en él un reflejo de sí misma.

—No estoy segura de poder hacer esto —susurró, y las palabras escaparon como una confesión.

Se soltó las horquillas y dejó caer los rizos dorados sobre los hombros. Mientras lo hacía, luchó con una verdad que jamás había anticipado: Había llegado en busca de venganza... y había encontrado algo muy distinto.

CAPÍTULO 8



Grant estaba sentado a la cabecera de la mesa; su figura imponente proyectaba una sombra larga sobre la superficie pulida. Su mirada oscura permanecía fija en Charlotte, a su izquierda, con los rizos dorados atrapando el parpadeo del fuego que ardía a su espalda.

—Lady Charlotte —dijo, y su voz grave quebró el silencio—. Tengo una propuesta para vos.

Charlotte estuvo a punto de atragantarse con los huevos; la mente se le lanzó a mil posibilidades. ¿Habría descubierto sus verdaderas intenciones, el motivo real de su presencia allí? Se obligó a conservar la compostura, aunque el corazón le retumbaba bajo la calma ensayada.

—¿Sí, Vuestra Gracia? —respondió en un murmullo medido y controlado, dejando el tenedor sobre el plato.

La expresión de él se suavizó apenas.

—Me gustaría ayudarlos a conseguir un esposo apropiado.

Charlotte parpadeó; el asombro se le coló en el rostro pese a su empeño por contenerlo. ¿Una propuesta para ayudarla a encontrar marido? De todos los escenarios que había imaginado, aquel ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

—Yo... no estoy segura de entender —balbuceó, perdiendo por un instante el barniz pulido.

Grant dejó el vaso, y su presencia pareció llenar la estancia.

—Es muy sencillo —dijo—. Sois una mujer de cualidades admirables, y sería una lástima que pasaran desapercibidas. Con mi

apoyo podríais asegurar un enlace que ayude a restaurar la posición de vuestra familia.

Charlotte lo estudió con cuidado, buscando un indicio de burla o de segundas intenciones, pero la expresión de él seguía siendo sinceramente seria.

—Eso es... muy amable por vuestra parte, Vuestra Gracia — consiguió decir; la voz se le quebró apenas—. Pero no estoy segura de que comprendáis...

—Tonterías —la interrumpió él, apartando sus objeciones con un gesto—. De hecho, ya he puesto en marcha mis planes. Madame Lefevre, la mejor modista de Londres, vendrá en breve para tomaros medidas y haceros un vestido digno de mi baile de Navidad.

Charlotte se quedó inmóvil.

—¿Un vestido? —repitió, luchando por asimilar la generosidad del gesto—. No podría aceptar...

—Podéis, y lo haréis —dijo Grant con firmeza, aunque el tono era cálido.

Se sirvió un poco de mermelada con calma, como si aquella conversación no tuviera el poder de trastocarle todo.

—Consideradlo una inversión en vuestro futuro.

En el interior de Charlotte se arremolinó una mezcla de gratitud, sospecha y confusión. Había llegado allí con un propósito y, sin embargo, el duque le ofrecía algo que podía ayudarla mucho más que su propio plan. Sería una necia si lo rechazara.

—Vuestra Gracia, no sé qué decir —murmuró, bajando la vista a sus manos, apretadas en el regazo.

La expresión de Grant se ablandó.

—Entonces no digáis nada. Aceptad el regalo con el espíritu con el que se os ofrece.

Cuando Charlotte alzó la vista, se encontró cautivada por la sinceridad de su mirada. En aquel instante, él parecía menos el hombre poderoso que había llevado a su familia a la ruina y más alguien capaz de bondad y compasión. La idea la dejó inestable.

—Gracias —dijo en voz baja; las palabras le salieron inesperadamente auténticas—. Haré cuanto esté en mi mano para aprovechar esta oportunidad.

Grant asintió, satisfecho.

—Excelente.

Hizo un gesto a un lacayo para que retirase la mesa.

—Vayamos al salón, entonces, ¿os parece?

Charlotte le dedicó una sonrisa complaciente y se puso en pie cuando el lacayo le acercó la silla.

Grant le ofreció el brazo y la condujo con su paso seguro, un recordatorio inquebrantable de su autoridad. Charlotte sintió una punzada de incertidumbre. Había llegado a Ravenscroft Manor con un objetivo claro: vengar las pérdidas de su familia. Y, sin embargo, aquella generosidad inesperada la descolocaba más de lo que habría imaginado.

Apenas empezaba a ordenar sus pensamientos cuando entraron en el salón. Madame Lefevre estaba en el centro de la estancia, un torbellino de sedas y encajes desparramados por los brazos.

—¡Ah, lady Charlotte! *Enchantée!* —exclamó, cargada de telas en tonos oro, esmeralda y zafiro—. Su Gracia me ha hablado de vos, *ma chère*. Os convertiré en la reina del baile, *oui?*

Charlotte quedó abrumada, por un momento, ante el entusiasmo de la modista. Inspiró hondo.

—Sí, eso sería... encantador —respondió.

La voz de Grant cortó el bullicio.

—Madame Lefevre, quizá podríais mostrarle a lady Charlotte los vestidos.

—*Mais oui, Su Gracia!* —respondió la mujer con una floritura.

Extendió tres vestidos sobre el diván. A Charlotte se le cortó el aliento al verlos: cada uno era más exquisito que cualquier prenda que hubiera llevado desde la caída de su familia. Quizá más deslumbrante que cualquier cosa que hubiese vestido jamás.

Al pasar los dedos por las telas delicadas, sintió el peso de sus emociones encontradas. Aceptar uno de aquellos vestidos era, en el fondo, aceptar ayuda del mismo hombre al que había jurado derribar. Y, aun así, no podía resistirse al atractivo de lo que representaban: una oportunidad de recuperar una parte de su vida que le habían arrebatado.

Él le debía aquello... y mucho más.

—La seda dorada —comentó Grant, pensativo—. Realzará vuestro colorido de maravilla.

A Charlotte se le calentaron las mejillas; fue incapaz de sostenerle la mirada. Se concentró en Madame Lefevre, que ya empezaba a rodearla con una cinta de medir.

—Brazos en cruz, *madame* —ordenó la modista, con dedos ágiles y una eficacia implacable—. ¡Ah, qué figura tan hermosa! Os haremos irresistible, *ma chère*.

Mientras Madame Lefevre tomaba medidas, la mente de Charlotte voló al baile próximo. Sería la segunda vez que volvía a la sociedad desde la desgracia familiar: una ocasión para asegurar un enlace respetable y, con él, la posibilidad de restaurar el honor de los Ashbourne. Con Ravenscroft de su lado, existía una verdadera oportunidad. El peso de esa responsabilidad se le asentó con fuerza en los hombros.

Ojalá papá pudiera verme ahora, pensó; un dolor agri dulce le apretó el pecho. Estaría tan orgulloso de verla otra vez con atuendo digno... aunque, desde luego, no aprobaría que aceptase semejante regalo del duque. Simplemente no se hacía.

—¿En qué pensáis, lady Charlotte? —la voz de Grant bajó, dirigida solo a ella.

Charlotte se sobresaltó al darse cuenta de que se había perdido en sus cavilaciones.

—Yo... solo estaba pensando en lo importante que es este baile, Vuestra Gracia. No deseo decepcionar.

La mirada de Grant se suavizó; su expresión habitual, tan guardada, cedió a algo más gentil.

—Tengo plena confianza en que os conduciréis de manera admirable.

Aunque pretendían tranquilizarla, aquellas palabras no hicieron más que agravar su tormento. ¿Cómo conciliar la gratitud por su ayuda con el deseo ardiente de retribución? Aun así, no podía olvidar la miseria que él había causado a su familia. Una buena acción — varias buenas acciones— no borraba lo que habían sufrido por su causa.

Mientras Madame Lefevre seguía trabajando, Charlotte miró su reflejo en el espejo cercano. El contraste entre su sencillo vestido de muselina y el brillo de la seda dorada era brutal, un recordatorio vivo de las pérdidas de los Ashbourne.

Por mamá. Por Henry. Por todo lo que hemos perdido, se recordó con fiereza. No podía permitirse flaquear.

Y, sin embargo, no podía evitar preguntarse por el hombre que — a sabiendas o no— empezaba a desarmar su ansia de retribución. ¿Era realmente el villano que ella había creído?

Grant observaba el trabajo de Madame Lefevre con aire pensativo, la mirada demorándose en la figura de Charlotte. La seda dorada atrapaba la luz de manera hermosa, realzando la gracia silenciosa con la que ella se movía. Había algo casi regio en su porte, meditó. ¿Cómo habría sido todo si...?

Cortó el pensamiento de raíz, reacio a darle voz. Su deber era sostener el legado de su familia, no perderse en lo que podría haber sido. Y, aun así, al mirarla sintió un extraño brote de admiración... y algo más peligroso.

—Vuestra Gracia —lo llamó Madame Lefevre, arrancándolo de sus pensamientos—. ¿Deseáis opinar sobre el ajuste del corpiño?

Grant se aclaró la garganta, consciente de que había estado mirando.

—Estoy seguro de que vuestra pericia es más que suficiente. Confío por completo en vuestro criterio.

Charlotte alzó los ojos; sus mejillas estaban encendidas cuando sus miradas se encontraron. Por un instante ninguno habló; el aire entre ambos se espesó con pensamientos no dichos.

Antes de que el silencio se prolongase, la puerta del salón se abrió con un clic suave y autoritario. La duquesa viuda de Ravenscroft entró con paso decidido; su presencia reclamó la atención de inmediato.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó.

CAPÍTULO 9



—Madre —dijo Grant, enderezándose por instinto—. No os esperaba hasta más tarde.

La mirada afilada de la duquesa viuda recorrió la escena de un solo barrido.

—Ya lo veo —replicó, con un deje de diversión en la voz—. Parece que has estado muy ocupado, hijo mío. Explícate.

Grant hizo un gesto hacia Charlotte.

—Permitidme presentaros a lady Charlotte Ashbourne. Lady Charlotte, mi madre, la duquesa viuda de Ravenscroft.

Charlotte consiguió hacer una reverencia a pesar de la cinta de medir que le ceñía la cintura.

—Vuestra Gracia, es un placer.

La mirada acerada de la duquesa viuda se suavizó... apenas.

—El placer es mío, querida.

—Madre, deseaba hablaros de algo de importancia respecto a la asistencia de lady Charlotte al baile de Navidad de Ravenscroft.

—¿Ah, sí? —La ceja de la duquesa viuda se arqueó.

Grant mantuvo un tono compuesto.

—Sería beneficioso que apadrinarais a lady Charlotte. Vuestras conexiones le prestarían un apoyo significativo en su regreso a la sociedad.

Hubo una pausa cargada mientras la duquesa viuda lo consideraba. Grant contuvo la respiración, consciente de la mirada, muy abierta, de Charlotte, que iba de uno a otra.

Por fin, la duquesa viuda asintió.

—¿Y crees que es merecedora de semejante empeño, Grant?

—Lo creo —respondió él; la voz, inesperadamente firme—. Las circunstancias de lady Charlotte no son culpa suya. Solo su padre es responsable de sus penurias económicas. Con nuestro apoyo, considero que tiene una oportunidad de asegurar un enlace excelente.

La mirada perspicaz de la duquesa viuda se posó en Charlotte, que permanecía rígida bajo aquel escrutinio.

—Muy bien —dijo al fin—. Me complacerá prestaros mi apoyo, lady Charlotte. Supongo que vuestra presencia aquí es un secreto bien guardado. Si alguien llegara a descubrirlo... —clavó la mirada en Grant—. Bueno, huelga decir que ni el propio Príncipe Regente podría salvar tu reputación.

—Precisamente por eso permaneceréis en la casa, madre.

La duquesa viuda asintió con firmeza.

El alivio inundó a Grant, aunque se mantuvo impasible.

—Gracias, madre. Vuestro apoyo es inestimable.

La mirada de Grant regresó a Charlotte. La gratitud que brillaba en sus ojos le removió algo por dentro: una necesidad de protegerla, de asegurarse de que triunfara.

¿Qué estás haciendo, Ravenscroft? pensó, intentando descartar esos sentimientos incipientes. Aquel acuerdo debía ser práctico, un medio de entretenimiento. Temporal. No podía permitirse enredarse.

Pero, incluso mientras se lo repetía, Grant supo que ya era demasiado tarde.

La duquesa viuda se acercó a Charlotte con una elegancia que desmentía su edad; la mirada se le volvió cálida cuando tomó las manos de la joven entre las suyas.

—Querida —dijo, con una sinceridad dulce—, llámame Margret. Vamos a pasar bastante tiempo juntas, al fin y al cabo.

—No podría —las mejillas de Charlotte se encendieron, con una mezcla de gratitud y sorpresa—. Gracias, Vuestra Gracia. Me siento verdaderamente honrada por vuestra bondad.

—Tonterías —la duquesa viuda agitó la mano, despachándolo—. Es un placer ayudar. Y ahora, decidme... ¿habéis pensado en quién

podría conveniros?

Mientras Charlotte conversaba con la duquesa viuda, Grant las observó desde el otro lado de la estancia. No pudo evitar sentirse cautivado.

Es increíblemente hermosa cuando sonríe, pensó, y apartó la idea con rapidez, inquieto por lo natural que le había resultado.

La exclamación encantada de madame Lefevre lo sacó de sus cavilaciones.

—*¡Voilà! ¡Está terminado!* —anunció, echándose hacia atrás con una floritura para revelar a Charlotte con su vestido dorado, reluciente.

El aliento de Grant se quedó atrapado; el corazón le dio un salto. La seda delicada se ceñía a la figura de Charlotte de un modo que realzaba cada curva, mientras el color hacía que su piel clara resplandeciera y que su cabello dorado brillase como si lo besara el sol.

—Cielos... —susurró Margret, con los ojos abiertos de admiración —. *Estáis absolutamente radiante, querida.*

Grant se encontró sin palabras; la garganta se le secó de golpe.

—*Estáis... deslumbrante, lady Charlotte* —consiguió decir; la voz le salió más áspera de lo que pretendía.

La mirada de ella se encontró con la suya; un rubor tenue le tiñó las mejillas.

—*Gracias, Vuestra Gracia. Por... todo.*

Una chispa de algo que Charlotte no había sentido en demasiado tiempo se enroscó en su interior: una emoción vibrante, una ilusión que no había osado permitirse. Se atrevió a esperar que quizá la fortuna de su familia pudiera cambiar de verdad; que tal vez la felicidad no estuviera, al fin, tan lejos.

Cuando terminó la prueba y la modista se despidió, Grant se aclaró la garganta, atrayendo la atención de Charlotte.

—*Lady Charlotte, ¿podría hablar con vos en privado?*

Hizo un gesto hacia el despacho contiguo; su expresión era ilegible.

El corazón de Charlotte dio un aleteo mientras asentía y lo seguía. El sonido de sus pasos quedó amortiguado por la alfombra

espesa. Al entrar, él cerró tras ellos la puerta de roble, pesada; el silencio se cerró en torno a ambos mientras se quedaban a solas.

Grant se volvió hacia ella, su figura alta recortada contra la ventana.

—Espero que perdonéis mi atrevimiento —empezó; la voz, medida—, pero hay otro asunto que deseo tratar.

Charlotte frunció el ceño.

—¿Sí, Vuestra Gracia?

Él inspiró profundamente.

—He decidido ofreceros una dote.

Las palabras parecieron resonar en la estancia. Los ojos de Charlotte se abrieron, los labios se le entreabrieron por la sorpresa.

—¿Una... una dote? ¿Pero por qué...?

—Para ayudaros aún más a asegurar un enlace conveniente —explicó; la mirada, firme en su rostro—. Creo que mejorará considerablemente vuestras perspectivas. Supongo que en este momento no disponéis de una.

Charlotte negó con la cabeza. Sintió como si el suelo bajo sus pies se hubiera desplazado. Se aferró al respaldo de una silla cercana, tambaleándose ante tanta generosidad inesperada.

—Vuestra Gracia, esto... es demasiado. No puedo aceptarlo.

Grant dio un paso hacia ella; la expresión se le suavizó.

—Es lo menos que puedo hacer. Habéis soportado grandes penurias y deseo veros felizmente establecida. No puedo permitirme devolver todo lo que cobré a vuestro padre, pero os proporcionaré veinte mil libras. Bastará para atraer a un caballero apropiado, os lo aseguro.

La mente de Charlotte se desbocó.

¿Por qué estaba siendo tan bondadoso?

—Seguro que queréis algo a cambio —soltó, y se arrepintió al instante.

La ceja de Grant se alzó; un destello de algo parecido a la diversión le cruzó la mirada.

—¿Os resulta tan difícil creer que quizá solo desee ayudar?

Charlotte bajó la vista; la vergüenza le encendió las mejillas.

—Perdonadme; no pretendía insinuar... Pero... en fin. Yo no vine aquí por voluntad propia. Me obligasteis a hacer cuanto deseabais.

—Lo comprendo —dijo él con suavidad—. Últimamente habéis tenido pocas razones para confiar en la buena voluntad ajena. Pero os aseguro, lady Charlotte, que mi oferta no lleva condiciones. Solo deseo veros establecida.

Ella alzó la mirada para encontrarse con la suya, buscando cualquier atisbo de engaño, pero solo halló sinceridad... y algo más, algo que le aceleró el pulso sin querer.

—No sé cómo podré devolver jamás tanta bondad —susurró.

Los labios de Grant se curvaron en una sonrisa leve.

—Veros prosperar será pago suficiente.

Una calidez le floreció en el pecho, en guerra con la culpa que le roía por dentro. Ella había ido con la intención de arruinarlo... y él no le mostraba más que generosidad. ¿Cómo podía reconciliarlo? La mirada de Charlotte se deslizó por el ancho de sus hombros, la onda suave de su cabello oscuro, las facciones severas ablandadas por la luz de la lámpara.

—Vuestra Gracia —empezó, vacilante—, debo confesar que estoy abrumada por vuestra bondad. Temo no ser digna de ella.

Él frunció el ceño; el tono se le volvió amable.

—¿Por qué decís eso?

Charlotte se mordió el labio, atrapada entre la verdad y el secreto.

—Yo... no soy la persona que creéis —admitió en voz baja.

La mirada de Grant permaneció firme, buscándole el rostro con una ternura rara.

—Creo, quizá, que sois mucho más de lo que vos misma pensáis. Veo a una mujer de fortaleza y gracia, pese a todo cuanto ha soportado.

Sus palabras, tan inesperadamente bondadosas, le removieron algo por dentro: gratitud, confusión y algo peligrosamente parecido a la atracción. Y, en un impulso, Charlotte se inclinó hacia él para depositar un beso ligero en su mejilla.

En el mismo instante en que sus labios rozaron su piel, él se giró.

Y, de pronto, sus bocas se encontraron.

Un beso suave, accidental, que le envió un latigazo de calidez por todo el cuerpo.

Los ojos de Charlotte se abrieron; el aliento se le quedó atrapado. Los labios de Grant estaban cálidos y sorprendentemente delicados contra los suyos, y, durante un latido, ambos se quedaron inmóviles. Todo lo demás —el fuego, el silencio— se desdibujó, dejando solo la sensación de aquel roce inesperado.

La mano de Grant se crispó sobre el respaldo del diván, como si fuera a alargarla hacia ella, y, aun así, permaneció quieto, la mirada clavada en la de Charlotte. Ella sintió el galope de su propio corazón y se preguntó si él también podría percibirlo en aquel silencio cargado.

Charlotte se apartó, ardiéndole las mejillas.

—Yo... Vuestra Gracia, no pretendía... Es decir, solo quería...

Grant se aclaró la garganta; la voz se le tiñó de una ronquera que ella no le había oído antes.

—No hay necesidad de disculpas, lady Charlotte. Ha sido... un accidente.

Pero la intensidad de su mirada contradecía aquellas palabras tan casuales y Charlotte sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura. El aire entre ellos vibraba con una energía que no se atrevía a nombrar; ella quedó turbada, con las manos temblorosas alisándose las faldas.

—Debería irme —susurró, apenas audible.

Grant se enderezó; su figura se hizo aún más imponente cuando dio un paso atrás.

—Por supuesto.

Mientras Charlotte recorría el corredor, la mente era una tempestad de pensamientos contradictorios: el recuerdo de sus labios, la culpa que le mordía la conciencia, su resolución que flaqueaba.

No lograba sacudirse la sensación de que todo había cambiado. Se llevó los dedos a la boca, intentando aquietar el aleteo del pecho.

Al deslizarse en su habitación, se apoyó contra la puerta, tratando de calmar el torbellino que le bullía dentro. Sus planes de venganza le parecieron lejanos y huecos ante aquella complicación

inesperada. Apretó la mejilla aún encendida contra la madera fría, preguntándose cómo iba a mirarlo de nuevo, sabiendo que el recuerdo de aquel beso accidental quedaría entre ambos como una promesa susurrada.

CAPÍTULO 10



Grant irrumpió en su despacho con zancadas llenas de propósito, aunque sus pensamientos distaban mucho de estar claros. El calor persistente de los labios de Charlotte parecía resonarle aún en los suyos, un eco obstinado que lo desasosegaba más de lo que estaba dispuesto a admitir. Se detuvo junto a los grandes ventanales y contempló los jardines de abajo, besados por la escarcha. Su reflejo en el cristal, severo e imperturbable, resultaba un contraste cruel con el tumulto que le ardía por dentro.

—Maldita sea... —murmuró, pasándose una mano por el cabello y desordenando su habitual pulcritud.

Aquel beso inesperado había deshilachado su compostura, dejándolo expuesto, vulnerable... una sensación que no se había permitido en años.

La mirada de Grant cayó sobre los libros de cuentas apilados en el escritorio: un recordatorio pesado de sus responsabilidades, de su deber. Necesitaba concentrarse, recuperar el control. Pero la mente lo traicionaba, repitiendo una y otra vez la sorpresa suave en los ojos de Charlotte, el calor titubeante de su mirada cuando se apartó.

—¿Vuestra Gracia? —La voz de su mayordomo sonó en el umbral, amable pero firme.

Grant alzó la vista y se impuso la máscara de calma estoica que acostumbraba.

—¿Sí?

—Lord Weatherby ha llegado para vuestra cita, Vuestra Gracia. ¿Deseáis que lo haga pasar?

Por un instante, Grant consideró posponer la reunión, pero apartó el pensamiento.

—No, hacedle pasar —dijo, obligándose a empujar sus cavilaciones a un lado.

El mayordomo se inclinó y se retiró. Grant se enderezó la corbata, se alisó la chaqueta y sirvió dos copas de brandy; el líquido ambarino relució bajo la luz de la tarde. El color le recordó el vestido que Charlotte había llevado unas horas antes. Lo bien que le quedaba...

—Componeos, hombre —murmuró entre dientes—. Solo fue un roce de labios.

Lord Weatherby entró, el rostro sonrosado y abierto en una sonrisa cordial.

—¡Ravenscroft! Me alegra verte, viejo amigo. ¿Todo va bien?

Grant correspondió con una sonrisa más contenida y le tendió una copa.

—Lo bastante, Weatherby. Sentaos, por favor. Creo que tenemos asuntos que tratar sobre las propiedades del norte.

Cuando tomaron asiento, Grant notó que sus pensamientos empezaban a desviarse de nuevo. Veía a Charlotte allí, en la habitación, riendo a la luz del fuego, la mirada brillándole con esa determinación serena que él había empezado a admirar.

—¿Ravenscroft? —La voz de Weatherby le cortó la ensoñación—. Habéis hecho un trabajo extraordinario enderezando esto. Vuestro padre estaría orgulloso.

La mandíbula de Grant se tensó ante la mención de su padre; una sombra de viejas expectativas se agitó en su interior.

—Gracias, Weatherby —respondió, medido—. Ha sido... un empeño complicado.

—Desde luego, desde luego. Pero decidme, ¿qué hay de nuevo en Ravenscroft Manor? Veo que la duquesa viuda está en residencia.

El agarre de Grant sobre la copa se endureció. Imágenes de Charlotte le destellaron en la mente.

—Mi madre se quedará aquí al menos hasta el baile —dijo con voz neutra—, y ha tomado a lady Charlotte Ashbourne bajo su tutela.

Weatherby alzó una ceja; una sonrisa consciente le curvó los labios.

—Vaya... Bastante escandalosa la caída de su familia. ¿He de suponer que la duquesa viuda intenta elevar a la joven? Si yo fuera más joven...

—¿Podríamos ceñirnos al asunto? —lo interrumpió Grant; el tono, firme.

Se obligó a seguir.

—Las propiedades del norte han mostrado una mejora notable en el rendimiento esta temporada.

Weatherby soltó una carcajada, no engañado pero cediendo.

—Como queráis.

Pasaron a los acuerdos con los arrendatarios y a los índices de la cosecha, pero, pese a sus esfuerzos, la mente de Grant lo traicionaba. Se sorprendía imaginando a Charlotte, el rostro suave iluminado por la lumbre, su presencia acechando cada rincón del despacho.

—¿Ravenscroft? —La voz de Weatherby volvió a sonar, esta vez con una nota de preocupación—. ¿Os encontráis bien?

Grant parpadeó, dándose cuenta de que se había quedado mirando el libro de cuentas sin ver de verdad las cifras.

—Mis disculpas, Weatherby. Temo que hoy estoy un tanto... distraído.

Weatherby soltó una risa baja; los ojos le relucían con comprensión.

—Ah... el amor joven. Tiende a enturbiar incluso las mentes más agudas.

Grant se puso rígido; la irritación le chispeó bajo la calma.

—¿Perdón?

—Vamos, Ravenscroft. Seré mayor, pero no estoy ciego. Estáis soñando despierto como un colegial. Evidentemente, una cierta dama ocupa vuestros pensamientos.

Grant se levantó de golpe y cruzó hasta la licorera para rellenarse la copa, buscando cualquier excusa con la que ocultar el calor que empezaba a subirle por el cuello.

—Os equivocáis, Weatherby. Lady Charlotte está bajo mi protección, nada más.

—Desde luego, desde luego —concedió Weatherby, aunque el tono decía otra cosa—. Aunque, si he de decirlo, no sería el peor partido. Los Ashbourne fueron una familia excelente, en su día. Y ella es una joven encantadora. Ya va siendo hora de que os ocupéis del asunto de encontrar esposa y asegurar heredero.

Grant se volvió hacia él, el rostro cuidadosamente neutro.

—Mi atención está en restaurar el honor de su familia y garantizarle un enlace respetable. En cuanto a mí, me casaré cuando haya llenado las arcas familiares, y ni un instante antes.

Pero incluso mientras lo decía, sintió un dolor sordo, algo más profundo: ¿anhelo, quizá, o arrepentimiento? Lo apartó antes de que pudiera echar raíces.

—Bien, entonces —dijo Weatherby, incorporándose con un leve gruñido—, supongo que ya hemos cubierto lo importante. Pero ¿me permitiréis un último consejo?

Grant alzó una ceja, receloso.

—Decid.

—No dejéis que el deber os ciegue ante la felicidad, Ravenscroft. Habéis honrado de sobra el legado de vuestra familia. Creo que ha llegado el momento de pensar también en vuestro propio futuro. Ya habéis transformado la finca y reconstruido una fortuna más que decente.

Con esas palabras de despedida, Weatherby se marchó, dejando a Grant solo con sus pensamientos. Grant se acercó a la ventana y, abajo, divisó a Charlotte paseando por los jardines; el cabello dorado le brillaba bajo la pálida luz invernal.

Como si sintiera su mirada, ella alzó la vista. Sus ojos se encontraron a través de la distancia, y, durante un latido, el mundo se quedó inmóvil. Charlotte esbozó una sonrisa pequeña, titubeante, antes de girarse, desapareciendo tras los setos.

Grant apoyó la frente en el cristal frío y cerró los ojos.

—¿Qué estoy haciendo? —murmuró.

Aquel beso había sido un accidente, un impulso por su parte. Algo fugaz, no buscado ni planeado. No podía significar nada. Y, sin embargo...

No podía negar la descarga que lo había atravesado, la chispa que aún persistía, burlándose de él.

Se enderezó, obligándose a concentrarse. Grant tenía un deber: con su familia, con su finca y, ahora, con Charlotte. La vería restituida a su antigua posición y establecida con seguridad. Y después, regresaría a la soledad que había elegido.

Pero cuando volvió al escritorio, el recuerdo de sus labios —suaves y tibios contra los suyos— seguía allí, como un susurro, persiguiéndolo con su dulzura.

Con un gruñido frustrado, se lanzó al trabajo, decidido a desterrar la imagen de los ojos brillantes de Charlotte y su sonrisa vacilante. Sin embargo, mientras se inclinaba sobre los libros de cuentas, una pregunta persistente le tiraba de la mente.

¿Y si Weatherby tuviera razón?

Negó con la cabeza, resuelto. Charlotte merecía un futuro que él no podía darle; una vida intacta, lejos de las complejidades de su mundo. La ayudaría a atravesar aquella temporada y, después, cada uno seguiría su camino. Eso era lo que se decía.

Y, aun así, una parte de él —una parte que llevaba demasiado tiempo oculta— se preguntaba si quizá, solo quizá, su futuro podría estar entrelazado con el de ella.

CAPÍTULO 11



Charlotte inspiró hondo para aferrarse a la calma; la mano enguantada le tembló apenas al alisar la seda dorada de su vestido. Más allá de las grandes puertas dobles del salón de baile de Ravenscroft, las cadencias de un vals se mezclaban con el zumbido creciente de risas y conversaciones. El aire parecía vibrar de expectación, un contraste doloroso con el tumulto que ella llevaba dentro.

Aquel baile era una oportunidad grandiosa... una que podía cambiarlo todo para su familia, para ella misma. Pero lo que estaba en juego le robaba el aliento.

El susurro suave de la falda acompañó su primer paso adelante; los rizos dorados estaban dispuestos con esmero para enmarcarle el rostro. La voz del lacayo resonó al anunciarla, y las pesadas puertas se abrieron para revelar la opulencia del salón. Charlotte entró con una compostura ensayada, aunque el corazón le martilleaba en el pecho.

Docenas de rostros se volvieron hacia ella; miradas curiosas, calculadoras, admirativas. Las arañas de cristal vertían su resplandor cálido sobre el mar centelleante de invitados, y los adornos festivos añadían un toque de esplendor navideño. Guirnaldas de acebo y cintas decoraban cada superficie; el aroma penetrante del pino se mezclaba con perfumes de lavanda y agua de rosas.

Charlotte avanzó con la cabeza alta, una sonrisa serena en los labios que desmentía la tormenta de nervios en su interior. Cada

paso sobre el suelo pulido parecía escrutado; cada susurro tras abanicos delicados, un recordatorio de lo lejos que había caído su familia... y de lo lejos que ella pensaba ascender.

Mientras descendía la gran escalinata, le llegaron fragmentos de conversaciones murmuradas.

—He oído que los Ashbourne están en la miseria y que corren rumores sobre la muerte del vizconde. Algunos dicen que fue un suicidio.

—Me sorprende que el duque la haya invitado. Y aún más que ella se haya atrevido a venir.

—Es todo un escándalo.

A Charlotte se le calentaron las mejillas pese a sus esfuerzos por mostrarse distante. Aquellos murmullos solo la devolvieron a su propósito. Aquella noche no era para bañarse en halagos; era estrategia, supervivencia y la seguridad del futuro de los suyos. No flaquearía.

—¡Lady Charlotte!

Una voz cálida y conocida la llamó, y Charlotte se giró para ver a la duquesa viuda de Ravenscroft, espléndida en terciopelo burdeos, acercándose con una sonrisa.

Charlotte se hundió en una reverencia perfecta.

—Vuestra Gracia.

—¡Querida niña, qué maravillosa estáis esta noche! Radiante, sencillamente radiante —dijo la duquesa, con afecto, mientras le tomaba las manos—. Sin duda seréis la reina del baile.

—Me halagáis, Vuestra Gracia —respondió Charlotte, cálida pero medida. Conocía ya lo suficiente a la duquesa viuda como para apreciar su influencia... y las ventajas de su favor.

—¡Tonterías, criatura! Ahora venid conmigo —insistió la mayor, enlazando su brazo con el de Charlotte—. Hay varios caballeros a los que debo presentaros. Una belleza como vos nunca debería estar sin admiradores. Recordad lo que os dije: nada de ese aire de violeta tímida esta noche. Si queréis atrapar marido, debéis encantar a los caballeros.

Le dedicó una sonrisa alentadora.

—Yo puedo allanaros el camino, pero os toca a vos hacer el resto.

—Me esforzaré por no decepcionar —respondió Charlotte.

Se dejó conducir entre la multitud; sus sentidos se aguzaron con cada paso. No era una mera velada social: era un campo de batalla, y Charlotte pensaba salir victoriosa.

La duquesa se detuvo ante un pequeño grupo de hombres impecablemente vestidos.

—Caballeros —empezó, con la autoridad que le daba el rango—, ¿me permitís presentaros a lady Charlotte Ashbourne? Charlotte, estos son Edward, vizconde de Blackstock, el señor James Hilig y el capitán William Fickelton.

Charlotte se inclinó de nuevo, sonriente.

—Es un placer conoceros.

—El placer es enteramente nuestro —dijo el vizconde de Blackstock; sus ojos verdes chispeaban de interés—. Vuestra llegada ha añadido un brillo innegable a la velada.

—Me halagáis, milord —respondió Charlotte, con una pizca de diversión—. Sospecho que la noche ya era animada mucho antes de mi entrada.

—Quizá —intervino el capitán Fickelton, con humor en la voz—, pero me atrevería a decir que vuestra presencia ha mejorado considerablemente el ambiente.

Mientras la conversación fluía, Charlotte contestó con una soltura ensayada, equilibrando encanto ligero con una observación aguda. Su risa era lo bastante genuina para desarmar; sus respuestas, lo bastante cuidadosas para revelar poco de sus verdaderas intenciones. Bajo la superficie, su mente calculaba, anotando quién parecía intrigado por ella y quién podría resultarle adecuado como futuro esposo.

Pero, a medida que avanzaba la noche, un dolor tenue le anidó en el pecho. Rodeada de belleza, calidez y júbilo, recordaba todo lo que había perdido... lo que su familia había sido antes del escándalo y la ruina. Por un instante fugaz, mientras el vizconde de Blackstock la guiaba por la pista, Charlotte se permitió disfrutar de la música y del esplendor centelleante a su alrededor.

Sin embargo, el deber la llamó de nuevo, más afilado que nunca. No podía permitirse olvidar el motivo de su presencia. No solo para asegurar su porvenir, sino también para alimentar su venganza.

*A*l otro lado de la sala, Grant Tilbury, duque de Ravenscroft, permanecía con las manos entrelazadas a la espalda, la mirada fija en cada movimiento de Charlotte. Estaba deslumbrante aquella noche; el cabello atrapaba la luz mientras bailaba, y la seda dorada ondulaba como agua a cada giro. Se movía con una gracia que arrancaba admiración desde todos los rincones, pero Grant sintió una punzada aguda de irritación cada vez que otro hombre se le acercaba.

—Exquisita, ¿no? —comentó el duque de Hasting a su lado—. Lady Charlotte Ashbourne es un diamante de primera agua. ¿Quién lo habría dicho después de las... dificultades de su familia?

La mandíbula de Grant se tensó apenas.

—Desde luego —dijo con tono uniforme—. Lady Charlotte parece haberse adaptado bien.

No dejó traslucir nada, pero por dentro se desató una tormenta. Verla reír con el vizconde de Blackstock, aceptar su mano para un segundo baile, avivó algo posesivo y desconocido. Se dijo que era preocupación —que solo deseaba garantizar su éxito—, pero cuando Charlotte giró, con las mejillas encendidas y esa sonrisa luminosa, el dolor en su pecho le contó otra historia.

La frustración hirvió bajo su fachada impecable.

¿Por qué lo desestabilizaba tanto?

No era suya. Había venido para asegurar su futuro, para hacer un buen enlace. Ese era el plan. Un plan que él mismo había puesto en marcha. Y, sin embargo...

Sus pies lo llevaron hacia ella antes de que pudiera detenerse. Pero, en cuanto alcanzó el borde de la pista, Charlotte quedó rodeada por un par de damas risueñas. Grant se detuvo, observándola escapar hacia un rincón discreto con sus amigas.

Se quedó un instante más; después retrocedió hasta el perímetro del salón, apoyando la espalda en la pared mientras la multitud giraba en un remolino. Una media sonrisa asomó en sus labios al cazar retazos de conversaciones sobre dotes, fortunas y chismes...

Pero se borraba cada vez que su mirada regresaba a Charlotte.

—Siete admiradores, por ahora —bromeó Beatrice Sinclair, abanicándose con dramatismo—. Y aún no son ni las diez. Charlotte, estás haciendo que el resto de damas parezcan invisibles.

Charlotte sonrió apenas, aunque sus pensamientos estaban en otra parte.

—Cantidad no equivale a calidad, Beatrice. Casi todos están aquí por curiosidad, no por admiración.

Arabella alzó una ceja.

—Y, sin embargo, un duque en particular no te ha quitado los ojos de encima en toda la noche. Quizá su curiosidad sea más profunda que la de la mayoría.

La mirada de Charlotte voló a Grant, al otro extremo del salón; su figura oscura recortaba una silueta imponente contra el decorado festivo.

—Observa a todo el mundo. Es lo que hace.

—¿Y eso es todo? —preguntó Beatrice; los ojos verdes le chispeaban—. Porque, por cómo te mira, yo apostaría a que hay algo más.

Charlotte negó con la cabeza, obligándose a concentrarse.

—Es solo un hombre, Bea. Y tiene sus razones para mirar.

Arabella alargó la mano; el tono se le suavizó.

—Pero ¿y tus razones, Charlotte? ¿Has logrado tu objetivo?

Charlotte asintió, aunque la respuesta le salió lenta.

—Lord Blackstock ha mencionado una disputa relacionada con las tierras de Ravenscroft en Cornualles. Puede estar conectada con la caída de mi familia.

Arabella frunció el ceño, pensativa.

—Cornualles... donde estaban las propiedades de tu padre, ¿no?

—Sí —dijo Charlotte; la voz se le endureció—. Si hay una conexión, la descubriré.

Miró alrededor del helecho en maceta tras el que se habían refugiado.

—Tendré mi venganza, cueste lo que cueste.

Beatrice le rozó la mano con suavidad.

—Estamos contigo, Charlotte. Si necesitas algo, solo tienes que decirlo.

Aquel apoyo inquebrantable reforzó su determinación, aunque su mirada volvió, traicionera, hacia Grant. Durante un instante, sus ojos se encontraron a través de la sala. Él permaneció inescrutable, pero algo en su postura —una tensión apenas perceptible, un destello de intensidad— le hizo dar un brinco al corazón.

Concéntrate, Charlotte.

Se volvió hacia sus amigas y enderezó los hombros.

—Debo volver al gentío —dijo con ligereza, ocultando el torbellino que llevaba dentro—. Mi tarjeta de baile está llena.

Rió.

—Son palabras que jamás pensé que llegaría a pronunciar.

La mandíbula de Grant se apretó cuando Charlotte se perdió de nuevo entre la multitud. Cada risa, cada sonrisa que regalaba a otro hombre avivaba las brasas de algo que se negaba a nombrar. No era su lugar sentir aquello... y, sin embargo, verla encendía una inquietud que no podía contener.

—Vuestra Gracia.

Una voz lo interrumpió. Grant se volvió y encontró a lady Amelia Morley, viuda, delante de él; se abanicaba con coquetería.

—¿Podría importunaros con un baile?

—Me temo que debo declinarlo —respondió Grant, cortés pero distante—. No me apetece bailar esta noche.

Lady Amelia frunció unos labios bonitos, pero hizo una reverencia y se alejó. La atención de Grant volvió, fulminante, a Charlotte, que

ahora conversaba con una anciana duquesa viuda; incluso a esa distancia, su calidez genuina era evidente.

¿Cómo era posible que pareciera existir en cada rincón de su mente? Debía ser solo una invitada bajo su protección, una joven cuyo futuro él ayudaba a asegurar. Pero cada mirada y cada intercambio apretaban más el nudo en su pecho.

Charlotte volvió a girarse; el cabello dorado capturó la luz, y sus ojos recorrieron el salón. Por un segundo fugaz, sus miradas se engancharon, y algo no dicho pasó entre ellos: una pregunta, un reconocimiento, un desafío.

Grant exhaló con brusquedad, con la resolución deshilachándose. Había prometido mantenerse distante, honrar los límites que había levantado con tanto cuidado, pero Charlotte Ashbourne —con su espíritu indómito y su fortaleza silenciosa— los derribaba.

Frunció el ceño. A su alrededor, la fiesta seguía con la facilidad ensayada de la aristocracia: vales elegantes, estallidos de carcajadas, el tintineo de copas de cristal. Y, sin embargo, su atención era una sola.

Charlotte era el centro de todas las miradas. El cabello le brillaba a la luz de las velas, derramándose sobre los hombros como un velo de sol. El maldito vestido se ceñía a su figura a la perfección, subrayando su gracia natural.

Era un traje hecho para causar impresión... y lo estaba logrando.

¿Qué demonios había pensado al elegir para ella una prenda así?

La risa de Charlotte, ligera y sin esfuerzo, le llegó con más fuerza que la música de la orquesta. Sus pretendientes —el señor Hilig, sir William Pembroke y el vizconde de Blackstock, entre otros— revoloteaban a su alrededor como polillas atraídas por la llama. Cada uno parecía decidido a superar al siguiente, ofreciendo cumplidos, champán o ingenio con tal de ganarse su favor.

Grant apretó la copa; el cristal fino crujió bajo la presión de sus dedos.

—Insufribles petimetres —murmuró, lo bastante bajo para que se perdiera en el bullicio.

Se le tensó la boca. Su habitual estoicismo dejó escapar destellos de irritación que luchó por contener.

No tenía derecho sobre ella, se recordó.

Ninguno.

Ningún motivo para sentir... celos.

Y, aun así, ver al vizconde Blackstock inclinarse demasiado, susurrarle algo que hizo reír a Charlotte, le clavó una punzada aguda en el pecho. Los ojos se le oscurecieron; la tempestad de emociones amenazó con romper las murallas que había mantenido durante años.

Grant, incapaz de seguir siendo un espectador pasivo, dejó la copa sobre una bandeja que pasaba y echó a andar. Sus zancadas fueron resueltas y atravesó el salón con soltura. Ignoró saludos e inquisiciones de conocidos; su foco era Charlotte.

A ella se le cortó el aliento; los dedos se le cerraron con fuerza sobre el abanico. El salón pareció desvanecerse; el gentío y los adornos se redujeron a un borrón distante.

—Lady Charlotte —dijo Grant al detenerse ante ella; la voz, baja, afilada por algo que no nombraba—. ¿Podría hablar con vos? En el salón azul.

Ella vaciló, con los ojos brillantes buscando en su rostro pistas de su intención. Abrió la boca para negarse, pero, antes de que pudiera formar las palabras, Grant posó una mano firme en la parte baja de su espalda. El contacto le provocó una descarga, y, antes de comprenderlo, él ya la estaba guiando fuera del salón hacia una sala contigua.

La puerta se cerró con un clic, aislándolos del rumor del baile. El silencio repentino fue violento, amplificando la tensión. Charlotte se volvió de golpe; las mejillas le ardían, mezcla de indignación y de algo que no se atrevía a nombrar.

—Vuestra Gracia —empezó, con la voz afilada—, ¿qué significa esto? Vuestro comportamiento es sumamente impropio.

Grant, alto e inamovible, sostuvo su mirada con la misma intensidad.

—¿Impropio? —repitió, con la voz más áspera de lo habitual—. ¿Y qué hay de vuestro comportamiento, lady Charlotte? ¿Entreteniendo a todo pretendiente que se os acerca, entregándoos a sus atenciones con un abandono temerario?

Charlotte alzó la barbilla; la mirada le relampagueó.

—Estaba siendo sociable, como cualquier dama en un baile. Pero vos...

Dio un paso hacia él; bajó la voz hasta casi un susurro.

—¿Por qué os importa? ¿Por qué me miráis como si...?

Se detuvo, incapaz de terminar.

La mandíbula de Grant se tensó; la compostura se le deshilachó.

—Os tomáis demasiadas libertades, mi lady.

—¿Me las tomo? —lo desafió Charlotte, con el corazón desbocado—. Entonces ¿por qué estamos aquí, a solas, Vuestra Gracia? ¿Por qué me sacáis del baile como si fuera una niña malcriada, si mis acciones no os importan en absoluto?

El aire chisporroteó entre ambos; cada palabra encendía otra capa de emoción. La fachada cuidadosamente construida de él se resquebrajó cuando se acercó, invadiendo el espacio de Charlotte sin tocarla.

—Mujer insoportable —gruñó, con voz baja pero feroz—. ¿No veis que yo...?

Se detuvo en seco y se pasó una mano por el cabello oscuro, frustrado.

—Maldita sea, Charlotte.

A Charlotte se le escapó un suspiro; oír su nombre en aquella voz desnuda le hizo saltarse un latido. La ira vaciló, sustituida por una confusión punzante... y una añoranza.

—Grant... —comenzó; la voz le tembló.

El uso de su nombre pareció quebrar algo dentro de él. Sin aviso, acortó la distancia. Sus manos se alzaron para sujetarle el rostro y sus labios cayeron sobre los de ella, fieros e implacables, silenciando cualquier protesta.

*P*or un instante, Charlotte se quedó rígida, desbordada por la súbita violencia del beso. Luego, como si se rompiera un dique, se fundió en él. Sus manos se aferraron a su casaca; el cuerpo respondió por puro instinto a la pasión que ardía en su contacto. El

mundo fuera de aquella sala dejó de existir; solo había el calor de sus labios, la fuerza de sus brazos, el aroma embriagador del sándalo y el deseo.

Grant profundizó el beso; el control se le deshizo segundo a segundo. Había pasado semanas negando la atracción que sentía, convencido de que su deber y el pasado de ella hacían imposible cualquier apego. Pero, con Charlotte entre sus brazos, toda lógica se evaporó y solo quedó la verdad cruda de lo que lo arrastraba hacia ella.

Cuando por fin se separaron, jadeantes, Grant apoyó la frente contra la de ella.

—Charlotte —murmuró, con voz ronca—. He intentado resistirme. Mantenerme lejos. Pero vos... me habéis desarmado.

A Charlotte se le apretó el corazón ante aquella confesión, incluso mientras la culpa le mordía por dentro.

—Grant, yo... —vaciló; el peso de sus secretos la aplastaba—. El baile. Vuestra madre. Debo volver.

CAPÍTULO 12



Grant no solicitó la compañía de Charlotte al día siguiente y, llegada la noche, ella empezó a temer quedarse sola, atrapada en sus pensamientos, reviviendo una y otra vez todo lo ocurrido entre ambos. Se volvería loca si no encontraba algo en lo que ocupar la mente. Con ese fin, abandonó su habitación decidida a buscar algo que la acercara a su venganza.

El corazón le aleteó, como un pájaro enjaulado, cuando entró en el despacho del duque. La puerta se cerró suavemente a su espalda, dejando fuera el resplandor tenue del corredor. Sus zapatillas de seda susurraron sobre la alfombra de Aubusson, amortiguadas por el peso de su determinación... y de su culpa.

La estancia rezumaba autoridad y control; el aroma de los libros encuadernados en cuero y de las velas de cera de abeja se mezclaba en una combinación embriagadora que le aceleró el pulso. La luz del fuego titilaba sobre el panelado oscuro de madera, proyectando sombras inquietas en los estantes abarrotados de tomos y artefactos. El mundo del duque era uno de poder, precisión y secretos.

Y ella era una intrusa en él.

No debería estar aquí, pensó, vacilando al posarse su mirada en el imponente escritorio de caoba que dominaba la habitación. Su superficie, aunque organizada con meticulosidad, mostraba una leve imperfección: un cajón había quedado entreabierto, llamándola como el canto de una sirena.

¿Y si regresa? Se le cortó el aliento al pensar en Grant: su presencia alta y dominante llenando el umbral, la mirada penetrante oscureciéndose al fijarse en ella.

Charlotte negó con la cabeza, intentando disipar la imagen. Había llegado demasiado lejos como para retroceder ahora.

Sus dedos enguantados recorrieron las tallas intrincadas del borde del escritorio; la madera pulida estaba fría contra la piel. Era como si pudiera sentir el peso de sus decisiones, de sus cargas, en la propia veta.

—Esto es una locura —murmuró, mirando por encima del hombro como si esperase que su sombra se materializara.

Pero la estancia permaneció inmóvil, salvo por el crepitar del fuego.

La mano de Charlotte quedó suspendida sobre el cajón; los dedos le temblaban. *Solo un vistazo*, se prometió. Luego se iría, y él no sabría jamás que había invadido su espacio privado.

Su conciencia luchaba contra la desesperación. Aquello era una grave violación de la confianza. Pero... ¿no era necesario? El hombre en cuya casa se encontraba había sido el artífice de la ruina de su familia. Y, aun así, con cada encuentro, con cada muestra de bondad inesperada, su certeza había empezado a erosionarse. El corazón estaba en precario equilibrio. Necesitaba poner fin a aquello antes de perderlo todo. Necesitaba respuestas, y estaban tentadoramente cerca.

Tragándose la culpa, Charlotte asió el tirador de latón y abrió el cajón un poco más. El roce suave de madera contra madera sonó ensordecedor. Se le aceleró la respiración cuando vio una pila ordenada de papeles. Encima reposaba una carta, con los bordes gastados y el sello roto. Estaba claro que había sido leída muchas veces.

¿Qué secretos escondes, Grant?, se preguntó, con la curiosidad imponiéndose al temor.

Con manos temblorosas, desplegó la carta. La caligrafía elegante se derramaba por la página y la atrapó; las palabras eran vivas y crudas:

«He hecho lo que debía para preservar el legado de nuestra familia. La finca de los Ashbourne siempre fue precaria, y sus deudas crecían con cada temporada que pasaba. Sus pérdidas no podían mitigarse; aun así, aseguré cuanto pude para garantizar que mis propios arrendatarios no sufrieran el mismo destino».

Charlotte frunció el ceño; los dedos se le apretaron sobre el pergamino mientras seguía leyendo.

«Nunca quise que el vizconde ni su familia sufrieran daño alguno. Las decisiones que tomé no nacieron de la codicia, sino de la necesidad. Con todo, sé que mis actos no serán vistos bajo esa luz. Para ellos, siempre seré el villano: un hombre que se benefició de su caída. Cargaré con ese peso de buen grado si ello significa asegurar un futuro para quienes dependen de mí».

Se le cortó el aliento. Las palabras se le emborronaron cuando las lágrimas le nublaron la vista.

—Dios mío... —susurró, llevándose la mano libre a la boca.

La carta le temblaba en los dedos cuando leyó las últimas líneas:

«Saber de la traición del vizconde sería devastador para su familia. Soportaré su odio, siempre que les ahorre la verdad de todo cuanto él ha hecho. A veces, hacer lo correcto significa ser malinterpretado. A veces, significa ser despreciado. Estoy en paz con esa realidad innegable».

El papel se le escurrió de las manos y planeó hasta el escritorio. Charlotte retrocedió tambaleándose. El pecho se le cerró con el peso de la revelación.

—Grant... —murmuró, y las lágrimas le rodaron por las mejillas.

Él la había protegido. Los había protegido a todos.

¿Pero... de qué?

La habitación pareció encogerse cuando el alcance de su error se le asentó sobre los hombros. Charlotte se puso a pasear, agitada; las faldas rozaban el borde de la alfombra con cada paso apresurado. La cabeza le giraba, repitiéndole cada palabra amarga que había dicho sobre Grant, cada instante de animadversión que había alimentado.

Él nunca había sido el villano que ella había creído. Charlotte estaba tan convencida de su culpabilidad, tan consumida por su propio dolor, que jamás se detuvo a considerar la verdad... ni

siquiera cuando él casi se la puso delante. Había hecho lo que debía para proteger su finca y a su familia.

Su mirada saltó al retrato sobre la repisa de la chimenea: el rostro pintado de Grant Tilbury. La firmeza de su mandíbula —que ella había interpretado como fría indiferencia— le pareció ahora una máscara de preocupación y responsabilidad. Incluso en óleo y lienzo, emanaba fuerza; pero, por primera vez, vio las grietas en su armadura: las cargas que soportaba por el bien de quienes dependían de él.

—Intentabas salvarnos —susurró al retrato; la voz le temblaba—. A tu familia, a tus arrendatarios. A mi familia. Y yo... yo te convertí en mi enemigo.

El fuego crepitó; su calor apenas hacía nada por deshacer el escalofrío que se le había instalado en la piel. Charlotte se dejó caer en el sillón de cuero de respaldo alto tras el escritorio; las manos le temblaban mientras se aferraba a los reposabrazos.

—He sido una insensata —admitió en voz alta; la voz se le quebró—. Llevada por la ira, cegada por mi propio duelo. Y ahora... ¿cómo voy a mirarlo a la cara?

El sonido de la puerta al abrirse la arrancó de golpe de sus pensamientos. Charlotte se puso en pie de un salto, con el corazón desbocado, cuando Grant entró en el despacho. Su figura alta llenó el umbral; la expresión se le oscureció al verla allí.

—Lady Charlotte —dijo, con voz fría y cortante—. ¿A qué debo el placer de encontraros en mi despacho privado?

—Yo... —Charlotte vaciló; la mente le buscaba una explicación desesperada.

Su mirada voló a la carta sobre el escritorio, delatándola.

La mirada aguda de Grant siguió la de ella; la mandíbula se le tensó.

—Estabais leyendo mi correspondencia.

No era una pregunta.

Charlotte tragó saliva; la culpa estuvo a punto de ahogarla.

—Sí —admitió, apenas en un susurro.

La expresión de Grant no se suavizó; si acaso, se endureció aún más. Entró en la estancia y cerró la puerta con firmeza.

—¿Y qué habéis aprendido?

—Que... que actuasteis por necesidad, no por maldad —dijo Charlotte, temblándole la voz—. Arruinasteis a mi familia para proteger a los vuestros. Para protegerme a mí, a mamá y a Henry.

Los labios de Grant se apretaron en una línea fina; la mirada era ilegible.

—¿Y eso me absuelve ante vuestros ojos, lady Charlotte?

Charlotte se estremeció ante el acero de su tono.

—No lo sé —confesó, con la voz quebrada—. Pero sí sé que me equivoqué al juzgaros con tanta dureza, al culparos de todo sin comprender la verdad.

El peso de la desesperación de su padre, las lágrimas de su madre y sus propias noches en vela alimentaron las palabras.

Grant soltó un suspiro hondo. Los hombros anchos le subieron y bajaron con una carga no dicha. Le dio la espalda. La mano rozó el borde del escritorio al caminar hacia el fuego. Durante un largo momento, se quedó mirando las llamas; el perfil, iluminado por la luz danzante.

—Mi padre —empezó; la voz era más baja, teñida de algo que rozaba el arrepentimiento— era un hombre de excesos. Cuando heredé el título, heredé no solo sus deudas, sino el legado ruinoso que dejó. Ravenscroft se encontraba al borde del colapso.

Charlotte parpadeó; la resolución le flaqueó al absorberlo.

Grant se volvió hacia ella, con el gesto sombrío.

—Cada decisión que tomé —cada elección dolorosa y calculada— nació de la necesidad. Para preservar el nombre de mi familia. Para asegurar que los arrendatarios que dependían de mí no fueran arrojados a la calle. No fue crueldad, lady Charlotte. Fue supervivencia. Y pensé también en vuestra familia.

La mirada oscura de Grant atrapó la suya; la intensidad le atravesó.

—La finca de vuestra familia estaba en declive mucho antes de mi intervención. Hice cuanto pude para mitigar las pérdidas, para evitar un derrumbe total. Pero había límites a lo que podía salvarse. A cuánto podía protegeros.

Se le cortó el aliento a Charlotte.

—¿Queréis decir...? —titubeó; las manos le temblaban—. ¿Queréis decir que nuestra ruina era inevitable?

—Lamento el dolor que os causó —dijo Grant, grave—. Pero yo no creé las circunstancias de vuestra familia. Solo actué dentro de los confines de lo que podía hacer para proteger a los que estaban bajo mi cuidado.

—Yo... yo no lo sabía —susurró ella; la voz se le espesó de emoción—. Creí que nos lo arrebatasteis todo por codicia.

Grant se acercó un paso; la expresión se le suavizó al estudiarle el rostro.

—Entiendo por qué pudisteis pensar eso —dijo con gentileza—. Pero os aseguro, Charlotte, que nunca fue mi intención.

El corazón de ella le dolía por el peso del malentendido; la realización de su odio equivocado la cortaba por dentro. Había pasado tanto tiempo vilipendiándolo, culpándolo de cada desgracia, solo para descubrir que él había cargado con sus propias sombras en silencio.

—Debo confesaros algo —dijo Charlotte, alzando la mirada para encontrarse con la suya—. Vine a Ravenscroft con ánimo de venganza. De haceros sufrir como creía que mi familia había sufrido.

Las cejas de Grant se fruncieron, pero no la interrumpió.

—Me equivoqué —prosiguió ella, temblándole la voz—. Lo veo ahora. Y por eso... os debo una disculpa.

Durante un largo momento, Grant no dijo nada; la mirada intensa no se apartaba de la suya. Luego, para asombro de Charlotte, las comisuras de sus labios se alzaron en una sonrisa apenas insinuada.

—Tenéis carácter —dijo, y la voz sonó cálida pese a la gravedad—. Parece que los dos nos hemos juzgado injustamente.

Una sonrisa tímida tiró de los labios de Charlotte; un destello de alivio rompió la culpa.

—Supongo que sí —admitió—. Tal vez sea el momento de dejar a un lado nuestros agravios y tratar de comprendernos.

Grant inclinó la cabeza; una rareza de suavidad se le instaló en el gesto.

—Me gustaría eso.

Charlotte respiró hondo, reuniendo todo el coraje que le quedaba.

—Quiero enmendarlo... si me lo permitís —dijo; la voz le salió firme pese a las lágrimas—. Sé que no merezco vuestro perdón, pero espero ganármelo.

La mirada de él se ablandó; un destello de algo —¿dolor?— se le coló por el rostro. Dio un paso más, y la voz cayó casi a un susurro.

—Perdón...

La vulnerabilidad de sus ojos, tan rara, le golpeó a Charlotte. Se le cortó la respiración; el corazón se le apretó con el peso de un dolor compartido. Ella avanzó un paso, titubeante.

—Grant —murmuró—. Me equivoqué con vos. Y lo siento... de verdad.

Durante un instante, ninguno habló. El fuego crepitó, envolviéndolos con su calor como una tregua frágil. Luego, despacio, Grant alargó la mano; sus dedos rozaron los de ella en un gesto tentativo, casi incrédulo.

—Quizá —dijo en voz baja— podemos encontrar un modo de seguir adelante... juntos.

El corazón de Charlotte se hinchó entre esperanza y temor al sostenerle la mirada.

—Juntos —repitió.

La palabra fue una promesa frágil.

CAPÍTULO 13



Charlotte se sentó en el borde de un diván mullido, con las manos entrelazadas con fuerza en el regazo, mientras contemplaba las llamas hipnóticas. Frente a ella, Grant permanecía en pie, con una mano apoyada en la repisa de la chimenea, la alta silueta recortada por la luz del fuego.

El silencio entre ambos era denso, cargado de palabras no pronunciadas y emociones que ninguno se atrevía a nombrar. El pulso de Charlotte se desbocó; un ritmo errático que traicionaba su compostura. ¿Cómo habían llegado a aquello? Sentada a apenas unos pasos del hombre al que una vez juró odiar, con el pecho oprimido por una mezcla confusa de esperanza y anhelo.

Se obligó a hablar; la voz le tembló.

—Vuestra Gracia... —empezó, apenas por encima de un susurro.

Grant giró la cabeza y la miró. Esa noche no había frialdad en sus ojos, solo una intensidad inescrutable que le aceleró el corazón.

—¿Charlotte? —la instó, con un tono firme, aunque atravesado por la curiosidad.

Ella tragó saliva, buscando valor en el calor del fuego.

—Quiero daros las gracias —dijo, titubeante—. Por... por todo lo que habéis hecho por mí. Por mi familia.

A Grant se le frunció el ceño;ladeó la cabeza, sorprendido.

—La bondad no es un rasgo que suelen atribuirme.

—Quizá sea un rasgo que ocultáis —replicó Charlotte, con una sonrisa pequeña y vacilante—. Pero yo lo he visto. A pesar de

vuestra reputación, a pesar de mis propias... ideas equivocadas, os he descubierto capaz de una compasión inmensa.

Aquello le arrancó a él una ligera curvatura en los labios, aunque su expresión siguió vigilada.

—Sois muy generosa en vuestra valoración.

Charlotte negó con la cabeza; el fuego se le enredó en los rizos dorados.

—Digo solo la verdad. Nuestro camino ha sido turbulento, sí... pero en medio de la discordia ha habido momentos de claridad. Momentos que me han revelado la verdadera naturaleza de vuestro carácter.

La mirada de Grant se suavizó.

—¿Y qué, decidme, habéis descubierto de mí?

Charlotte vaciló; los dedos se le retorcieron en la tela de la falda. ¿Cómo poner en palabras lo que había llegado a entender? Que el hombre al que vio como enemigo se había convertido en apoyo y consuelo. Que su sed de venganza había sido reemplazada por un deseo mucho más personal... y infinitamente más aterrador.

—He descubierto —dijo al fin, con una sinceridad temblorosa— que sois un hombre que ha soportado cargas inmensas con gracia y entereza. Un hombre que, pese a todo, se mantiene firme en su deber para con quienes le importan.

Grant mantuvo la mirada fija en ella; sus ojos eran un misterio. Despacio, se acercó al diván y se sentó a su lado. La cercanía le revolvió el aliento a Charlotte; el aire entre ambos se cargó de una tensión no dicha.

—Me habéis desafiado, Charlotte —dijo él, con voz baja—. De maneras que jamás esperé. Me habéis obligado a enfrentarme a partes de mí que creía enterradas. Compasión, empatía... —hizo una pausa; la mandíbula se le tensó—. Incluso esperanza.

A Charlotte se le cortó la respiración. Sus palabras resonaron en lo más hondo, agitándole emociones que ella había intentado sofocar. Se atrevió a mirarlo; sus ojos azules se encontraron con los grises, tormentosos.

—Grant —susurró, y pronunciar su nombre le resultó a la vez aterrador y embriagador—, vos también me habéis desafiado. Y me

habéis cambiado.

La expresión de él se ablandó todavía más; la máscara estoica cedió a una vulnerabilidad que le quitó el aliento.

—¿En qué sentido? —preguntó, apenas audible.

Charlotte vaciló; el valor le flaqueó. ¿Podía admitir de verdad la hondura de lo que sentía? ¿Pensaría él que era necia... o, peor aún, que no era sincera? Inspiró hondo; el corazón le latía con fuerza.

—Cuando nos conocimos, mis intenciones no eran del todo nobles —confesó, temblándole la voz—. Buscaba venganza. Creí que vos erais el responsable de la ruina de mi familia y quería que sufrierais como nosotros sufrimos.

A Grant se le alzaron ligeramente las cejas, pero guardó silencio, permitiéndole continuar.

—Pero ahora... —la voz de Charlotte se quebró, y desvió la mirada, avergonzada—. Ahora veo cuán equivocada estaba. Mi ira me cegó ante la verdad. No sois el villano que yo creía. Sois... mucho más.

Grant alargó la mano; la suya, grande y cálida, cubrió la de Charlotte sobre el regazo. El contacto le provocó una descarga, y su mirada, tierna, la ancló.

—Charlotte —dijo con suavidad, mientras el pulgar le rozaba los nudillos—. Vuestra honestidad me humilla. Y vuestro valor... me asombra.

A ella le punzaron los ojos.

—¿Creéis que podréis perdonarme algún día? —preguntó, apenas audible.

La mano de Grant se cerró un poco más sobre la suya.

—No hay nada que perdonar —respondió con firmeza—. Los dos hemos cometido errores. Pero si algo he aprendido en estas semanas, es que sois una mujer de fortaleza e integridad extraordinarias.

A Charlotte se le elevó el pecho de emoción. Parpadeó para contener las lágrimas; la mano libre se posó sobre la de él.

—Y vos, Grant, sois un hombre de gran honor. Ahora lo veo. Y yo... —vaciló; las mejillas se le encendieron—. Me importáis profundamente.

Los ojos de él se abrieron un poco; el asombro le cruzó el rostro como un destello. Después, una sonrisa le curvó los labios: una sonrisa auténtica que le hizo saltarse a Charlotte un latido.

—Os importo... —repitió él, con una maravilla incrédula en la voz.

Charlotte asintió, incapaz de hablar por el nudo que tenía en la garganta.

Grant le llevó la mano a los labios y le besó los dedos con reverencia.

—Charlotte —murmuró—, creí que era incapaz de amar, de sentir una conexión verdadera. Pero vos... lo habéis cambiado todo.

Una lágrima resbaló por la mejilla de ella. Grant alzó la mano para apartarla con el pulgar; su caricia se demoró, y Charlotte sintió cómo se le detenía el aliento cuando él se inclinó.

—Sois... todo —dijo, en un susurro áspero.

A Charlotte se le elevó el corazón; asintió, sin voz. Grant acortó la distancia y prendió sus labios con los de ella en un beso que fue a la vez tierno y hambriento. El resto del mundo se desdibujó, dejando solo el calor del fuego y el retumbar del corazón de Charlotte.

Cuando se separaron por fin, Grant apoyó la frente contra la de ella; en su mirada había una emoción que le aflojó las rodillas.

—Te amo, Charlotte —susurró, con una sinceridad que le raspó la voz—. Con todo cuanto soy.

Charlotte sonrió, desbordada.

—Y yo te amo, Grant —respondió, apenas—. Más de lo que jamás creí posible.

Sus labios se encontraron una vez más, esta vez con un ansia más profunda. Entre caricias y susurros, la ropa fue quedando por el suelo, en silencio, mientras se hundían en la suavidad del diván. Charlotte se maravilló de la ternura de sus manos: aquello no era solo un acto físico. Era la culminación del lazo que había crecido entre ambos; una unión de corazones tanto como de cuerpos.

Grant le recorrió la piel enardecida, dejando besos en la curva delicada de su cuello. Charlotte arqueó el cuerpo hacia él, un gemido suave escapándosele, mientras los dedos se le enredaban en el cabello oscuro, tirando de él para acercarlo más. Una oleada de placer le escaló por el cuerpo, cálida y vertiginosa.

—Eres exquisita —murmuró Grant contra su piel, con la voz quebrada por el deseo.

A Charlotte se le hinchó el corazón ante la reverencia de su tono. Nunca se había sentido tan preciada, tan intensamente adorada. Mientras las manos y los labios de Grant exploraban cada rincón con una devoción cuidadosa, ella se dejó arrastrar por la marea de sensación.

Gimió al unirse, el placer deslumbrante obligándola a cerrar los ojos. Grant se quedó inmóvil un instante sobre ella, la frente apoyada en la suya, mientras ambos se acomodaban a aquella intimidad nueva.

—¿Estás bien, mi amor? —susurró él, la voz tensa por el esfuerzo de contenerse.

Charlotte abrió los ojos y encontró su mirada preocupada. La ternura de aquel gesto le llenó el pecho.

—Sí —murmuró, acariciándole la mejilla—. Nunca me he sentido más... completa.

La mirada de Grant se suavizó; una sonrisa tierna le rozó los labios. Lentamente, con una lentitud reverente, empezó a moverse. Charlotte se arqueó bajo él, sobrepasada por oleadas de placer que le recorrían el cuerpo. Sus miradas permanecieron ancladas, diciéndose todo lo que las palabras no alcanzaban.

A medida que el ritmo se volvió más urgente, Charlotte se asombró de la profundidad de lo que sentía por aquel hombre. Qué lejos habían llegado: de enemigos jurados a amantes. El nombre de Grant se le escapó como una plegaria, y él respondió con besos fervientes que la dejaron sin aliento.

No existía nada salvo ellos dos, moviéndose al unísono, encontrándose una y otra vez. Cuando Charlotte alcanzó el clímax, gritando su dicha, Grant la siguió muy cerca, ocultando el rostro en la curva de su cuello mientras temblaba sobre ella.

Después, Charlotte quedó acurrucada entre sus brazos, con el fuego derramando una luz cálida sobre sus cuerpos entrelazados. Ella dibujó círculos distraídos en el pecho de Grant, maravillándose del latido firme bajo los dedos.

—Nunca imaginé esto —murmuró, elevando el rostro para mirarlo—. Cuando te conocí, pensé que eras el hombre más insoportable de toda Inglaterra.

Grant soltó una carcajada baja que vibró en su pecho.

—Y yo pensé que eras una violeta descarada —replicó con humor, deslizándole los dedos por el cabello despeinado—. Qué equivocados estábamos.

Charlotte sonrió.

—Quizá no del todo —lo pinchó—. Aún puedes ser bastante insoportable, a veces.

—Y tú sigues siendo deliciosamente impertinente —le devolvió él, atrayéndola para pegarla más.

Charlotte se acomodó contra él, saboreando la calidez del abrazo. La mente se le fue al futuro que se extendía ante ellos, lleno de posibilidades.

—¿Y ahora qué? —preguntó en voz baja.

La mano de Grant se detuvo en su cabello.

—Ahora, mi querida Charlotte, afrontamos nuestras luchas juntos —dijo, con una determinación tranquila—. Sin más secretos. Sin más malentendidos.

Charlotte asintió, con el corazón creciéndole en el pecho.

—Juntos —repitió, y la palabra se convirtió en promesa.

Pensó en los obstáculos que habían superado, en los muros que habían derribado para llegar allí. Casi parecía un milagro.

—Nunca me atreví a esperar esto —confesó Grant, dejando que su habitual seguridad se quebrara en vulnerabilidad—. Después de todo... pensé que no era merecedor de tanta felicidad.

Charlotte se incorporó sobre un codo y lo miró con seriedad.

—Mereces toda la felicidad, Grant —insistió—. Los dos la merecemos.

Cuando volvió a acomodarse en su abrazo, Charlotte sintió que una paz profunda la inundaba. El fuego crepitaba suavemente; su luz era un telón perfecto para el amor que había florecido entre ellos.

Charlotte se pegó un poco más a Grant, con el corazón más ligero de lo que había estado en años. Por primera vez, no solo se

sentía entera... sino verdaderamente en casa.

CAPÍTULO 14



El salón estaba en silencio, salvo por el crepitar suave del fuego y el tic-tac tenue del reloj de pie en la esquina. Grant permanecía inmóvil ante los ventanales besados por la escarcha, con la silueta oscura enmarcada por la luz de la mañana. En la mano sostenía un delicado anillo de zafiro, cuyas facetas atrapaban el resplandor cálido de las llamas. La joya —un legado transmitido de generación en generación entre los Ravenscroft— pesaba más de lo que debía, como si llevara dentro el lastre de su intención.

Respira, se ordenó, con el pecho oprimido.

El leve crujido de la puerta lo devolvió al presente. Grant se volvió justo cuando Charlotte entraba. Vaciló en el umbral; el cabello le capturó la luz como seda hilada, y el verde vivo de su vestido la hacía parecer la visión que lo había atormentado desde que se separaron la noche anterior.

—Grant —dijo en voz baja; la calidez de su tono iba teñida de curiosidad—. Tu recado ha sido... inesperado, sobre todo la mañana de Navidad.

Los labios se le curvaron en una sonrisa pequeña mientras su mirada recorría la estancia. Acebo y hiedra adornaban la repisa, con sus bayas rojas brillando a la luz del fuego. En un rincón, el muérdago colgaba con discreción; su ubicación no era casual.

Grant inclinó la cabeza; una sonrisa le tiró de los labios.

—Charlotte, gracias por venir.

Ella frunció un poco el ceño, con la curiosidad agudizándose. Dio un paso más; el rumor de sus faldas quedó amortiguado por la alfombra mullida.

—Hablas como si llevaras una carga pesada. ¿Ocurre algo?

La mirada de Grant se suavizó; su habitual compostura de acero cedió a algo más desnudo, más vulnerable. Avanzó hacia ella con el anillo brillándole en la mano.

—No ocurre nada, querida —dijo con suavidad—. Todo lo contrario. Quería hablar contigo a solas, lejos de ojos indiscretos.

A Charlotte se le cortó el aliento al percibir la intensidad de su expresión. El pulso se le aceleró, aunque no supo decir si era anticipación o aprensión.

—¿Y de qué deseas hablar conmigo?

El corazón de Grant tronaba, aunque su exterior permanecía sereno.

—Charlotte —empezó, con la voz baja—, has sido una fuerza de cambio en mi vida. Desde el momento en que nos conocimos, has desafiado mis expectativas, has puesto en cuestión mis certezas y has despertado partes de mí que creía enterradas desde hacía mucho.

Charlotte parpadeó, desarmada por la franqueza. El pecho se le apretó con una mezcla de esperanza e incredulidad.

—Grant...

Él dio otro paso; el zafiro descansaba sobre su palma como un fragmento de cielo cautivo.

—Yo era un hombre satisfecho con el deber, con la estructura rígida de mi existencia. Pero tú... —se detuvo, y al alzar la mirada hacia ella estaba, por primera vez, sin defensas—. Tú me has recordado lo que significa sentir. Tener esperanza. Desear algo más allá de lo que se espera de mí.

A Charlotte se le enganchó la respiración; la mente le giró.

¿En qué momento habían llegado hasta allí? De adversarios a aliados... y ahora, ¿qué eran?

La voz de Grant se suavizó; cada palabra cayó deliberada.

—Este anillo perteneció a mi abuela; era una mujer tan firme de voluntad como tú. Siempre dijo que simbolizaba la resiliencia, el

amor y la fuerza perdurable de la familia.

Le tendió el anillo; el zafiro brilló con un azul profundo, cálido bajo el fuego.

—Hoy deseo entregártelo, Charlotte. No como simple herencia, sino como promesa. Una promesa de un futuro que no se construya sobre la venganza ni el arrepentimiento, sino sobre la confianza y la complicidad.

Charlotte se quedó mirando la joya; la vista se le empañó por lágrimas que no terminaban de caer. La magnitud de sus palabras — y del gesto— la dejó sin voz por un instante. Alargó la mano; los dedos le temblaban cuando rozaron el metal frío.

—Grant —susurró, apenas audible—. Yo... no sé qué decir.

—Dime que me permitirás la oportunidad de demostrarte que soy digno de ti —pidió él; la voz le salió áspera por la emoción—. Dime que dejaremos atrás las sombras del pasado. Cásate conmigo, Charlotte.

Una oleada de calidez y anhelo la atravesó. La pregunta quedó suspendida, con el fuego dibujándoles destellos en el rostro. Charlotte apretó los labios, el corazón desbocado mientras luchaba con la enormidad del instante. Pensó en todo lo que habían soportado: la ira, los malentendidos, la confianza frágil que había florecido entre los dos.

Entonces, despacio, extendió la mano hacia el anillo. Sus dedos se cerraron sobre él; su peso, extrañamente tranquilizador, la ancló.

—Grant —dijo, con la voz temblorosa pero firme—, acepto tu promesa. Me casaré contigo. Y... yo también tengo algo para ti.

A Grant se le cortó el aliento.

—¿Sí?

Charlotte sonrió a través de las lágrimas y metió la mano en el bolsillo para sacar un pequeño paquete envuelto en seda.

—No pensaba dártelo hoy, pero... ahora me parece lo correcto.

Se lo tendió con la mirada firme, pese al galope del corazón.

Grant aceptó el regalo y deshizo con cuidado la seda. Los ojos se le abrieron al descubrir un broche de plata, pequeño y exquisito, con dos cuervos entrelazados. Sus alas se desplegaban en un gesto de unidad y vuelo.

—Charlotte —susurró; su voz, normalmente autoritaria, quedó amortiguada por el asombro—. Es... extraordinario.

—Es lo único de valor que conseguí salvar —explicó ella, con las palabras precipitándose—. Creo que nos representa: dos personas unidas por pruebas compartidas, pero avanzando juntas. Más fuertes por ello.

Los dedos de Grant rozaron el diseño delicado; sintió un nudo en la garganta.

—Es perfecto —murmuró al alzar la vista hacia ella—. Lo atesoraré siempre.

La vulnerabilidad en su expresión la desarmó. Charlotte dio un paso hacia él.

—Grant —dijo con dulzura; la voz se le espesó de emoción—, me has devuelto algo que creí haber perdido para siempre: la esperanza. Y por eso... te estaré agradecida toda la vida.

La mano de Grant se alzó; sus dedos le rozaron la mejilla.

—Y tú me has dado una segunda oportunidad de ser feliz, Charlotte. Algo que jamás creí posible.

El aire entre ambos chisporroteó de emoción no dicha; el mundo pareció estrecharse hasta dejar solo a los dos. Con lentitud reverente, Grant se inclinó y capturó sus labios en un beso que hablaba de perdón, devoción y la promesa de un futuro compartido.

Cuando se separaron, sin aliento y llenos de una quietud maravillada, Charlotte apoyó la frente en la de él.

—Feliz Navidad, Grant —murmuró, con una sonrisa temblándole en los labios.

—Feliz Navidad, Charlotte —respondió él; la voz, firme de una certeza inquebrantable—. La primera de muchas.

De la mano, se volvieron hacia la puerta del salón. La calidez del fuego quedó a su espalda, mientras la luz limpia de la mañana los llamaba. Juntos, dieron el paso hacia un mundo más luminoso, encendido por la promesa de un amor que había nacido del origen más improbable.

EPÍLOGO



Ocho años después...

Los terrenos de Ravenscroft, cubiertos de nieve, brillaban bajo el pálido sol invernal. Charlotte se agachó detrás de un seto espolvoreado de escarcha; las mejillas se le encendían de pura excitación mientras apretaba otra bola de nieve entre las manos. El aire helado le mordía la piel, pero la emoción del momento le calentaba el corazón.

Una carcajada ronca y divertida surgió desde detrás de un árbol cercano.

—¿Eso es lo mejor que puedes hacer, querida? —llamó la voz de Grant; el tono burlón le arrancó a Charlotte un delicioso escalofrío.

Charlotte sonrió, asomándose desde su escondite.

—Para ser duque, se te da sorprendentemente mal camuflarte —replicó, localizando con la mirada la inconfundible silueta oscura de su esposo entre el blanco resplandor. Con un lanzamiento calculado, la bola de nieve surcó el aire y le dio de lleno en el pecho.

Grant fingió tambalearse y se sacudió la nieve del abrigo con una teatralidad exagerada.

—¡Impacto directo! —exclamó; los ojos le brillaban de divertida malicia—. Tendré que devolverte el golpe, mi lady.

Antes de que Charlotte pudiera reaccionar, él se lanzó hacia ella; sus zancadas largas cerraron la distancia con rapidez. Charlotte chilló de risa, soltó la bola de nieve que le quedaba y echó a correr por el jardín, con las faldas arrastrándose tras ella como cintas.

—¡No puedes huir de mí! —la llamó Grant, la voz llena de una determinación fingida.

—¡Tal vez no, pero sí puedo esquivarte! —le devolvió ella, zigzagueando entre los árboles cargados de nieve. El aliento se le hacía nubecillas en el aire helado, y su risa se elevó, una melodía alegre que se mezclaba con el susurro de las ramas.

Los brazos de Grant la rodearon de pronto; la levantó del suelo en un solo movimiento.

—¡Te tengo! —declaró triunfante, dándole una vuelta mientras Charlotte chillaba de alegría.

—¡Grant! —consiguió decir entre carcajadas, aferrándose a sus hombros para no perder el equilibrio.

Cuando por fin la dejó en el suelo, se encontró cara a cara con él: la mirada oscura le ardía con travesura y calidez. La cercanía era embriagadora, y el mundo pareció detenerse, dejando solo a los dos en su propio cuento invernal.

—Creo que he ganado —murmuró Grant, con la voz baja y rica de afecto. Sus manos se quedaron en la cintura de Charlotte, sosteniéndola mientras a ella casi se le doblaban las rodillas bajo la intensidad de esa mirada.

—¿Y qué premio reclamas, Vuestra Gracia? —preguntó ella; el tono, sin aliento, la delataba.

Los labios de Grant se curvaron en una sonrisa lenta. Con los dedos enguantados le apartó un rizo rebelde del rostro.

—Ya lo tengo —susurró, reverente—. A ti, Charlotte. Eres mi mayor premio.

A Charlotte se le hinchó el corazón de amor y gratitud.

—Y tú, Grant, eres mi mayor dicha —respondió en voz baja.

Él inclinó la cabeza y capturó sus labios en un beso que le borró el frío del invierno. Cuando se separaron, Charlotte apoyó la frente en la suya, con una sonrisa tierna.

—Supongo que deberíamos volver antes de que los niños organicen una partida de búsqueda —dijo; la voz le rebosaba calidez.

Grant soltó una carcajada y, a regañadientes, la liberó, aunque mantuvo su mano firmemente entrelazada con la de ella.

—Tienen un talento especial para poner la casa patas arriba cuando los dejamos a su aire.

Caminaron de la mano hacia la mansión; la risa de los niños les llegó incluso antes de cruzar la puerta. Dentro, la casa rebosaba alegría festiva. Guirnaldas de pino y acebo decoraban las barandillas, y el aroma de canela y vino especiado flotaba en el aire.

—¡Mamá! ¡Papá! —gritó su hija mayor, Elizabeth; sus rizos rubio arena rebotaban mientras corría hacia ellos. Detrás de ella, James y el pequeño Benjamin la siguieron, con las mejillas encendidas de emoción.

Charlotte se arrodilló y abrió los brazos para reunirlos a todos.

—¿Os habéis portado bien con la señorita Hawkins mientras estábamos fuera? —preguntó, alisándole el cabello a Elizabeth.

—Hemos sido perfectos —declaró James, con una sonrisa traviesa que contradecía sus palabras—. Aunque Benjamin ha intentado comerse otra vez uno de los adornos.

Benjamin, aferrado a un soldadito de madera, alzó los ojos con una solemnidad inocente.

—Brillaba —explicó.

Grant rio y levantó al más pequeño en brazos.

—Veo que hemos criado a un conocedor de las decoraciones más finas —bromeó, revolviéndole el pelo a Benjamin—. Quizá debamos dirigir sus ambiciones culinarias hacia el pan de jengibre.

Elizabeth tiró de la manga de Charlotte.

—Mamá, papá, ¿nos contáis un cuento junto al fuego?

Charlotte miró a Grant; él sonrió con indulgencia.

—Creo que podemos arreglárnoslas —dijo, conduciéndolos a todos hacia la acogedora sala de estar.

En los años transcurridos desde su matrimonio, Charlotte se había maravillado a menudo de lo mucho que el corazón de Grant, antes tan guardado, se había ablandado... no solo por ella, sino por la vida que habían construido juntos.

Mientras veía a sus hijos reunirse en torno a Grant para escuchar sus historias, imaginó las aventuras que aún les aguardaban: más risas, más desafíos, pero siempre juntos.

Charlotte se apoyó en el costado de Grant, la cabeza descansándole en el hombro. Sonrió al ver a sus hijos acurrucados en la alfombra, con los ojos brillantes de expectación, mientras Grant comenzaba a hilar uno de sus grandes relatos.

—Érase una vez —empezó; su voz profunda captó la atención de todos al instante— un valiente caballero que se creía invencible. Es decir, hasta que conoció a una dama feroz que le demostró lo contrario...

Los labios de Charlotte se curvaron en una sonrisa; el corazón le rebotaba. Miró a Grant; él le devolvió una mirada suave antes de volver a la historia. Su camino compartido había estado lleno de giros inesperados y descubrimientos profundos y, ahora, allí estaban: compañeros, amantes y padres.

Cuando los niños se fueron quedando dormidos, con las cabezas cayéndose unas sobre otras, Charlotte buscó la mano de Grant.

—Gracias —susurró.

—¿Por qué, mi amor? —preguntó él, arqueando una ceja.

—Por esto —respondió ella simplemente, dejando que la mirada recorriera a sus hijos, el calor del fuego y el hogar que habían construido juntos—. Por nosotros.

Grant le besó la sien; la voz le salió baja, llena de una devoción inquebrantable.

—Soy yo quien debe darte las gracias, Charlotte. Por recordarme lo que significa vivir de verdad... y amar.

Charlotte se acurrucó un poco más contra él, el corazón rebosante de gratitud por todas las bendiciones recibidas. Y mientras la nieve caía en silencio afuera, cubriendo el mundo de una belleza tranquila, su amor perduró: firme, atemporal y tan resistente como los abetos que enmarcaban su hogar.

SOBRE LA AUTORA

Amanda Mariel, consumada narradora, posee dos másteres en humanidades y educación, especializada en los fascinantes ámbitos de la historia y la literatura. Más allá de sus logros académicos, abraza con alegría el delicioso caos de la maternidad, ocupándose tanto de sus queridos adolescentes como de sus tres adoradas mascotas: un noble boyero de Berna llamado Blaze y dos gatos de carácter muy distinto, Ezra y Puff, que comparten su hogar.

Autora bestseller de *USA Today*, Amanda Mariel crea vívidos tapices de épocas pasadas, inspirándose en el pausado ritmo de otros tiempos. Pluma en mano e imaginación desatada, recorre los anales de la historia y teje historias que iluminan paisajes históricos con elegancia y destreza. Su espíritu creativo encuentra descanso en la lectura, en los viajes que la llevan a descubrir nuevos horizontes y en la fotografía y otras actividades artísticas. Sin embargo, es en el abrazo de su familia donde halla su refugio más verdadero.

Para adentrarte más en el cautivador mundo de Amanda, visita www.amandamariel.com. Allí podrás unirte a su lista de correo y recibir en exclusiva las últimas novedades de su biblioteca literaria, además de la oportunidad de conseguir un eBook gratuito.

La pasión de Amanda se extiende también a sus lectoras y lectores, cuyas voces y vivencias acoge con cariño en su universo narrativo. Puedes ponerte en contacto con ella por correo electrónico en amanda@amandamariel.com, o seguirla en sus redes sociales.

Entre páginas y palabras, Amanda Mariel forja un vínculo profundo que tiende puentes entre épocas, corazones y mentes, creando un legado llamado a perdurar en el tiempo.

LIBROS DE AMANDA MARIEL

Damas Y Canallas

Planes escandalosos
Intenciones Escandalosas
Redención escandalosa
El Escándalo de la Solitaria
Aventura Escandalosa
Bailando con Serendipity

Amor legendario

Encantada por el Conde
Cautiva Del Capitán
Atraído por Lady Elianna
Encantada por el Duque

El Club de los Condes Picaros

Conde de Grayson
El Conde De Edgemore
El conde de Stone

Conectada por un beso

Cómo besar a un canalla
Robándole Un Beso A Un Pícaro
Escandalizada por el beso de un canalla

El credo de la dama arquera

Georgina
Josephine

El escándalo se encuentra con el amor

Quiéreme
Si Es Amor
Creer en el Amor
Amor y santidad

Destinada a un canalla

La insensatez de Olivia
El destino me dio un duque
Un aciago Primero de Mayo
El conde de Stone
Quién necesita a un duque
Un canalla para conquistar
Deseo un duque por Navidad
Escandalosamente mío

El beso de un pícaro

Su Perfecto Bribón
Su Perfecto Demonio

Un Romance de Castillo

Por Siempre en tus Brazos
Vestigios de amor

Ardent Passions in the Regency

Adiós, mi sinvergüenza
El bribón bajo el muérdago
Una Navidad para perdonar

Novelas románticas históricas

Un beso encantador
Navidad en los Brazos del Duque

Una cita bajo la luna
Una Navidad Retorcida
Tentadora Seducción
Por siempre, mi pícaro

POSTFACIO

Muchas gracias por tomarte el tiempo de leer *Una Navidad para perdonar*.

¡Tu opinión cuenta!

Te agradecería que dedicaras unos minutos a dejar una reseña de este libro en tu sitio de reseñas favorito y compartieras tu opinión con otras lectoras y lectores.

